REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXX | San José, Costa Rica | **1935** | Sábado 4 de Mayo | Núm. 17

Año XVI—No. 729

SUMARIO

Del socorro a los pobres

Un discurso de Fr. José Antonio Goicoechea, del Orden de San Francisco

= Sacado de las *Memorias* de la Real Sociedad Económica de Amantes de la Patria, de Guatemala. Cuarta Junta Pública celebrada el día 15 de julio de 1798. Envío de *Mario Sancho* =

Vengo persuadido, Señores, que no extrañáis verme ocupar este lugar, ni el honor singularísimo que me hace la Real Sociedad con el encargo de dirigiros la palabra. Os es constante el amor, y empeño con que he procurado servirla, y estáis mirando que aun con mortificación sigo sus pasos, por ser los míos tardos, y poco servibles a un cuerpo activo, que avanza espacios inmensos en su carrera. Soy pues el orador, porque la Sociedad para sus desempeños no busca tanto la capacidad, y erudición de un socio facundo y elocuente, cuanto el afecto y fervor de un hombre de buena voluntad. Ha hecho juicio que el mismo deseo que tengo de acertar comunicará a mis discursos aquel vigor, y eficacia que son peculiares a las expresiones de amor, para tocar en lo sensible, y hacerse escuchar del corazón. Hablaré, y sólo hablaré de la Sociedad: porque quien ama de veras sólo sabe tratar del objeto de sus atenciones. No culparéis que manifieste tanto mi pasión, si tenéis la bondad y paciencia de oir los fundamentos que me asisten para juzgar que la Sociedad Patriótica de Guatemala merece todo nuestro amor y aprecio.

Si las pruebas de esta verdad no fuesen tan luminosas, sensibles, y palpables: si la grandeza de sus acciones no fuese bastante para dejaros eternamente persuadidos de vuestra obligación, en este caso no sería yo ciertamente el orador. Cuando me ofrecen un asunto estéril, pobre, y que carece de calidades recomendables, me niego a decir, porque no tengo aquel pulso mañero, y artificioso, que se requiere para alucinar con las palabras, y para tornearlas de manera que hagan parecer grande una cosa que no lo es en realidad. Dios bendito, que para deciros el mérito, y dignidad de mi ilustre sujeto, tengo bastantes materiales, y la abundancia es lo único que puede embarazarme.

Entro así en mi argumento alegando una nube de testigos: vuestros ojos, oídos, manos y ex-



El P. Goicoechea

Madera de *F. Amighetti*, según el óleo existente en la Biblioteca Nacional de Costa Rica

Ayer, 3 de mayo de 1935, se cumplió el bicentenario del nacimiento de este insigne filántropo y promotor de estudios en la América colonial. No sabemos de periódicos, escuelas o colegios de por acá, que de él se hayan acordado.

periencia son mis fiadores, y creo que los encontraréis más llanos, legales, y abonados. Dígolo porque a vuestra vista, y paciencia han pasado las acciones de la Sociedad desde su fundación, y no se señalará una, que no haya sido por serviros. Así es: porque la Sociedad, para formarse, no tuvo más miras que dar fuerza, orden, actividad, y energía a los miembros débiles de vuestra patria. Si solicita, compara, y adopta arbitrios, cuya utilidad se vea acreditada con la experiencia, es con el fin de abreviar a vuestros pobres los caminos de la subsistencia. Si consulta las prácticas de las otras Sociedades, y se vale de muchas de sus máquinas, e instrumentos, es con el empeño de añadir fuerzas al brazo del artesano, y de dar valor a su trabajo. Si se baja, reduce y acomoda al humilde, mecánico, y deslucido estudio de la composición, armadura, juego, y manejo de los instrumentos de las artes, y oficios, y lo que admira más, si se precisan unos hombres serios, y venerables, a verse confundidos, barajados, y revueltos con aprendices, niños, y gentes de toda broza, es por el interés de aficionarlos al trabajo, inspirarles amor a sus instrumentos, y acostumbrarlos a que los miren como los manantiales fecundos de su dicha. ¿Véis como voy tocando por la superficie, y como desflorando el asunto de los trabajos de la Sociedad? Pues sabed que es imposible tocar tantos de otra suerte; mas no por eso dejaré de trataros del que más me lleva las atenciones.

Esos infelices que véis arrastrarse por las calles, andrajosos, flacos, descoloridos, y extenuados: esos, esos desgraciados individuos de nuestra especie, que por una incomprensible disposición del Cielo soportan ellos, y no nosotros, todo el peso de calamidades, que afligen a la tierra: esos objetos lastimosos, de que compadecida ya la muerte misma, se apresura a arrancarlos de los brazos crueles de la miseria, que los recibió al nacer de intento para ultrajarlos: esos son con especialidad los que ponen en ejercicio su paciencia, y la ocasionan un cúmulo inapreciable de merecimientos. Su hambre, desnudez, dolores, lágrimas: ved ahí el difícil sujeto que la ocupa, y oprime sobremanera, por la misma complicación que experimenta entre los deseos vivos que la asisten de remediar el mal, y los obstáculos insuperables que palpa, y la detienen en la ejecución del bien.

No podré contaros los proyectos que ha meditado, y cuya aparente solidez ha inutilizado el trabajo de mil preciosas horas, ni menos sabré deciros los malos ratos que ha pasado por el tedio, vergüenza, y apuro de verse sin facultades, y expuesta a la indolencia, frialdad, apatía, y no sé si añada desprecio, de aquellos mismos que puntualmente podían y debían realizar sus piadosos intentos.

Ya veo que aquí me suspendéis, diciendo que todos estos cuidados, y misericordiosos oficios en la causa de los miserables, no son peculiares de la Sociedad, sino

que son resultas necesarias de la obligación, que las leyes Natural, Divina, y humana intiman a todo hombre de cualquier secta y condición. Convengo en esto y quedamos de una vez de acuerdo, y que los pobres son hijos de Dios, hermanos nuestros, y la naturaleza les dió igual derecho que a nosotros en sus frutos, y producciones; y si los primeros pobladores fueron poco escrupulosos, y equitativos en la repartición, mejorando a unos en el tercio, a otros en el quinto, y dejando a muchos expuestos a una subsistencia precaria y contingente, nosotros no debemos imitarlos, sino ser justos, y el privilegio mismo que nos hace exentos de la desgraciada suerte de estos inválidos, nos acuerda el precepto estrechísimo de indemnizarlo en lo posible.

Más ahora digo yo, que lo mismo de ser esta obligación común, debéis estar agradecidos a los esfuerzos que hace la Real Sociedad para libertaros de esta carga: por que esto es lo mismo, que preparar los hombros para aliviar los vuestros de una cruz que siempre habéis creído pesada y molestísima: es hacerse cargo de allanar con la prudencia, y vigilancia de sus socios los inconvenientes, que trae consigo una limosna indiscreta. Creedme, Señores, que sólo una Sociedad empleada en este asunto, es capaz de desembarazarse de él con cordura y discreción. Para que mejor lo comprendáis, suponed un limosnero con toda la capacidad y entereza que querráis: le es imposible acertar. Dará limosna; pero dejará en pie la mendiguez: socorrerá verdaderos pobres; pero igualmente mantendrá legítimos zánganos, y holgazanes: sostentendrá el honor de una joven inocente, y edificativa; pero al mismo tiempo dará fomento a la embriaguez, y lascivia de un tunante. No sólo socorrerá gente ociosa, sino que la hará: porque muchos abandonarán el trabajo, observando que el pedir es oficio fácil y acomodado, y más, caminando los bribones sobre el seguro de que los dantes no tienen poder, ni medios para descubrir al mundo su rapacidad y supercheria. Sin embargo, el limosnero bien intencionado a todos generalmente los socorre, diciendo para sí: con tal que quede socorrido un pobre que demanda el socorro de justicia, llévelo también en hora buena el perillán, que lo hurta.

Os suplico ahora que reflexionéis seriamente sobre una consecuencia natural, que legítimamente se deduce de lo que acabamos de hablar. La consecuencia es ésta: luego un sujeto de facultades, que tiene arbitrio pronto y seguro para distribuir sus bienes sobrantes con tino, y discernimiento: que se le presenta un recurso fácil de hacer sus limosnas sin el peligro próximo de invertirlas en malvados y violadores de las leyes: que se le ofrecen personas llenas de celo, por cuyas manos caminarán sin desfalco alguno sus dádivas a los legítimos acreedores de ellas, estará obligado en consecuencia a valerse de este auxilio óbio, y presentáneo. ¿Tiene esto duda?

Varones misericordiosos, bienaventurados limosneros, que habéis encontrado el importante secreto de sustentar vuestras almas con el mismo pan con que alimentáis al hambriento, de cubrir las ofensas que habéis hecho a Dios con el vestido que dáis al desnudo, de comprar el Cielo con dinero, y de asegurarlo allá donde no llegan los ladrones, los temporales, ni las desgracias: no malogréis porción alguna por pequeña que sea de la que empleáis en tan ventajosa negociación; porque ciertamente perdéis aquella parte, que sirve para sostener gentes perdidas, y abandonadas al vicio: ¡Oh si yo pudiese descubriros los desórdenes, que con inculpable ignorancia habéis hasta la presente fomentado! Os llenaríais de horror.

Meditad ahora otras utilidades, que sacáis de la limosna distribuida por ajenas manos. Por de contado os eximís de un trabajoso afán lleno de espinas e incomodidades; no escucháis quejas, ni murmuraciones de los que, creyéndose ecreedores de mejor derecho, os suponen apasionados, y menos rectos en vuestras intenciones; alejáis de vuestro corazón la vanidad, y la hipocresía, que son las carcomas, decía el Seráfico Doctor, que consumen, pierden y aniquilan la mayor parte del mérito de las limosnas ¿mas para qué cansaros? La Sociedad os facilita el único medio de hacerlas racionales, y meritorias.

Y vamos a esto: ¿no es así como se gobernaron los fieles de la Iglesia primitiva? Así cabalmente, porque los Apóstoles formaron el primer cuerpo de Sociedad destinado para recibir las limosnas, y repartirlas con desinterés, elección y caridad. Dejaron los Apóstoles este ministerio por entregarse al de la predicación, y entraron a sustituirlos siete hombres escogidos, cuyos nombres venerables nos ha conservado el libro de los hechos Apostólicos: y así siguió la Iglesia por muchos siglos esta saludable práctica. ¡Admirable disposición!, ¡sabia, prudente, justa! Fué tan generalmente aplaudida, que todas las naciones cultas del mundo la han adoptado como norma invariable para su gobierno, autorizándolo en sus códigos legislativos; y los nuestros recopilan cuanto apreciable se puede desear en el asunto.

Que yerre un limosnero sin este arbitrio, es irremediable: está aislado en su casa, gusta de ignorar lo que sucede en las ajenas, y se halla moralmente imposibilitado para distinguir entre los demandantes, y cuestores al justo del injusto; pero si teniendo las auxiliadoras manos de la Sociedad, no ocurre a ellas, ¿qué se dirá de él? Se dirá que tiene ojos y no ve, oídos, y no escucha, manos, y no toca. Así así, puntualmente porque la vigilancia, experiencia, y noticias de la Sociedad son ojos, oídos y manos, que están a su discreción para que no obre sin ella.

Muchos se engañan con un sofisma, y es, que debiendo ser nuestra caridad parecida al Sol, que alumbra sobre buenos, y malos, debe carecer de ojos el limosnero, y no ver quién pide, sino en nombre de quién. Llámolo sofisma, porque al pobre verdadero y al imposibilitado para el trabajo, sea bueno, o malo, no lo excluye la Sociedad de los socorros comunes: sofisma, porque el sol alumbra a los malos, mas no los hace; cuando el indiscerto limosnero los multiplica. Las limosnas en esta Ciudad son cuantiosas: doy gracias a Dios, y aunque indigno le pediré los días que me restan de vida, que llene de prosperidad, y bendiciones a los limosneros, y sus familiares; pero esta misma abundancia os debe causar pena; porque crecen tanto a su vista los pobres, que a manera de langosta se desprenden de los vecinos pueblos, y aun de los distantes, caen sobre la Ciudad, ocupan sus calles y todo lo desordenan. Esto sin duda es gravísimo inconveniente; pero de muy fácil remedio. Valeos de la Sociedad, apoderadla, y ya podéis descuidar.

Veréis al punto que los advenedizos se contienen en sus propios domicilios, y allí son alimentados, y socorridos por sus Párrocos misericordiosos: veréis alistados los pobres al mandato de nuestras leyes, y con cédulas, y señales no expuestas a equivocaciones ni fraude: veréis las calles despejadas de gente ociosa y libertina, y agotados los pretextos de vaguear a las jóvenes andariegas arriesgadas, y peligrosas: veréis las buenas costumbres, y la frecuencia de Sacramentos convertidas en un requisito necesario para merecer las asistencias de la caridad: veréis que éstas no son contingentes y variables, sino establecidas sobre unos fondos constantes y seguros: veréis con admiración restablecido improvisadamente el movimiento y la acción a muchas manos, que parecían muertas, o tocadas de parálisis: veréis finalmente que pasado en limpio el residuo de los pobres verdaderos, apenas queda la mitad de los que ahora mantenéis: pero una mitad de pobres, por la parte mayor, que será una delicia irlos a socorrer a sus mismas chozas y hogares

Os confieso con toda ingenuidad, que cuando considero arreglados los pobres, y su caja de misericordia, los artesanos y sus fondos comunes por unos medios, cuya facilidad y sencillez caminan a iguales pasos con la honra, y provecho; cuando veo el orden, la paz, y la alegría reinar tranquilamente en la república, y sus familias; negado enteramente al vicio el fomento, porque sólo se le concede a la virtud, y al trabajo, y por consiguiente se va reduciendo casi a cero el número de los perversos: en suma, cuando contemplo a Guatemala sentada sobre el trono de la felicidad, del honor, y de las luces, mirando con rostro sereno a sus hijos nacer, crecer, y multiplicarse en sus senos de abundancia, y de seguridad, me lleno de un placer dulce, que jamás acertaré a explicar.

Pero también debo deciros que esta pintura hermosa, que se presenta algunas veces alucinando mi fantasía, tiene sus rebajas: es mezquina, efímera, y poco duradera como todas las cosas de esta vida: mis alegres figuras pronto desaparecen, y las reemplazan otras diametralmente contrarias; ¡qué tristes! ¡qué desapacibles! ¡qué melancólicas! Escuchad los funestos pronósticos que hacen hablándome al interior: ¿Qué? ¿así te dejas preocupar? ¿Ya formas repúblicas Platónicas, dando existencia a los sueños festivos de la edad de oro? Esos desatinos caben bien en el celebro dañado de un calenturiento o de un filósofo, que deliran a su salvo, aquél en su cama y éste en su retrete. Vuelve en ti, y a tus geniales

desengaños: ten entendido que la raza miserable de los mortales no es vaso capaz, ni susceptible de tanta dicha; el discurso, y reposo no son análogos a la condición trabajosa de unos viandantes y peregrinos en los mesones, y posadas de la vida: Guatemala no será bastante prudente, y avisada para lograr los apreciables momentos que le ofrece la existencia de su Real Sociedad; seguirá el curso de sus costumbres envejecidas, que supersticiosamente venera como consagradas con la práctica de sus mayores: se obstinará en defender sus usos, y por perniciosos que sean, los preferirá a los más útiles, e importantes que se le ofrezcan: continuará en sus pequeñas fundaciones de piedad hacia los pobres, y las dejará aisladas, y desunidas, sin embargo, de que conocerá que formando todas un cuerpo, se lograría un fondo inagotable de subsistencia.

Semejantes a éstas son las voces interiores, y presentimientos, que ciertamente me desconcertarían y dejarían perplejo sobre la futura suerte de nuestra Sociedad, si no viera yo a ésta íntimamente convencida de que llegará con la ayuda de Dios al término de sus deseos; si no la encontrase sostenida de hombres nobles, sabios, y piadosos; si no viese la gloriosa lista de individuos ennoblecida con el nombre de un varón Excelentísimo, y de muchos Ilustres e Ilustrísimos de estos Reinos, y Provincias: si no la asegurasen las experiencias, y luces que incesantemente acumula.

Ella sabe que el mayor impedimento que un público puede poner a su felicidad es la ignorancia: todo pueblo bárbaro es al mismo tiempo el más atroz, y miserable: los Caribes se aborrecen unos a otros, y mutuamente se despedazan; porque no conocen los bienes que resultan de la multiplicación de nuestra especie, porque ignoran la diferencia entre el bien, y el mal, y la distinción entre el uso y abuso de las cosas: un rústico inculto, y fiero verá con la más fría indiferencia perecer, y morir a su bienhechor, por haber éste tenido el culpable descuido de hacerle beneficios, sin introducirle antes una luz para que los conociera.

Ved ahí por qué el principal empeño de la Sociedad es hacer común la ilustración en todo el Reino, y agregar hombres de toda instrucción, y cultura, que sirvan de guías fieles, y seguras a los que caminan extraviados.

¡No trabaja inútilmente ni da paso que no lo vea antes bañado con los rayos de la luz más clara. Sabe sacar provecho de los mismos vicios, y males, que encuentra irremediables. Si resiste alguna vez a sus fervores, es por dar tiempo a sus proyectos, y plantarlos con el menor peligro posible de variación: porque entiende que la más importante novedad irrita de pronto las pasiones, despierta la envidia y provoca la contradicción; y que malogrará infaliblemente los frutos de su trabajo quien no tuviere paciencia para dejarlos madurar.

Desengañar un público pide mucho tino, y mucho tiempo, para atisbar, descubrir, y fondear los ánimos y opiniones vulgares, hasta familiarizarlo a pensar en lo que más le importa.

Según eso, me diréis, el tiempo se le ha pasado a la Sociedad en ordenar luces, y preparativos para su teatro. Es así verdad; pero debéis considerar, que en estos preparativos ha hecho tantos progresos, que los trabajos de cuatro años son dignos de los sudores de un siglo entero. El incremento que han tomado los frutos, y producciones de la tierra, que son los que constituyen la verdadera riqueza de los pueblos: los adelantamientos de nuestra juventud en el dibujo, y en las artes que de él dependen, y que en sólo un año se parecen a los de muchos en las Academias de la Europa: la destreza en los tornos del hilado, y en el manejo de toda máquina, desde las más sencillas, hasta las más complicadas: el amor extraordinario a los conocimientos de la acción recíproca de los cuerpos unos en otros, del sexo de las plantas, y aun el de las ciencias exactas, y sublimes... Ya os molesto; y podría haber concluído con sólo deciros, que la Sociedad ha hecho mudar de aspecto a todo el Reino Guatemalano, y que lo debe todo a aquel modestísimo hombre, que le dió vida, principio, movimiento y dirección a este importantísimo cuerpo: Dios nos lo conserve, que él será llamado el insigne bienhechor del Reino de Guatemala, siempre que su Divina Majestad se digne conservar en él almas sensatas, y agradecidas.

Señores: si al entregaros esta mal formada relación de los méritos de la Sociedad, quisiese pasar a cobraros las expresiones debidas de agradecimientos que la corresponden, haría un agravio conocido a vuestra probidad, y penetración. Los impulsos de la conciencia, que valen más que mil testigos, y la innata propensión de todo racional a tributar amor, gratitud, y alabanzas a las acciones heroicas, y generosas, os lo deben haber persuadido de antemano. Ha trabajado la Sociedad sólo por serviros, y Dios ha querido echar su bendición sobre ella. Su primer objeto ha sido la felicidad común, y ser autora de ella el último término de su ambición; porque no encuentro objeto más digno ni ambición más noble entre los monumentos de las almas grandes. Por lo demás, los campos cultivados, las manos laboriosas con fomento, los artesanos con aprecio, y los pobres verdaderos socorridos: allí tenéis todo el galardón a que aspira.

Nueva Guatemala,
14 de Julio de 1798.

EN EL BICENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL P. GOICOECHEA

Las avanzadas ideas de Goicoechea en materia de política social

Comentarios de "La Gaceta" en que parece estamos asistiendo a una exposición doctrinaria de nuestros tiempos

Por VIRGILIO RODRIGUEZ BETETA

= *Envío del autor.* Madrid. Diciembre, 1934.—Del libro inédito *Evolución de las ideas coloniales*. Otros capítulos de esta obra pueden verse en los números 20 a 22 del tomo XVIII del *Rep. Am.* =

El trabajo más conocido, y talvez el más importante, porque apenas lo conocemos por los extractos de "La Gaceta", es su Memoria sobre la mendicidad (terrible plaga del país por aquellos tiempos) y los más adecuados medios de combartirla. Sus simples extractos sirven para aquilatar el avance espiritual de Goicoechea y sus comentaristas, los redactores de "La Gaceta", en materias de lo que hoy pudiéramos llamar política social. ¿Qué más puede pedirse a los hombres de aquellos tiempos, mejor dicho, a los pocos hombres excepcionales que se atrevían contra el ambiente cargado de prejuicios, tradicionalismo y abulia mental infinita? ¿No parece, en los siguientes párrafos de "La Gaceta", al abordar los más peligrosos (para los tiempos) temas de fundamental actualidad, que estamos asistiendo ya, dentro de las proporciones, al periodismo de actualidades y de fondo, tocado de las inquietudes y ansiedades del problema social de nuestros días?

"Un país que funda su riqueza en el cultivo y beneficio de un solo fruto, cuya naturaleza es tal que requiere gastos crecidos, anticipaciones de dinero, obras y operarios asalariados, etc., es preciso que tenga grandes propietarios. Se desdeñan los demás frutos que por exigir operaciones más sencillas y menos costosas darían ocupación a la masa del pueblo. Es preciso, por tanto, que de los trabajos agrarios queden sobrantes muchos brazos útiles. Si hay pocos que paguen tributo a las obras de la industria, y los renglones principales que de ella se consume son traídos de fuera: y si por otra parte, las necesidades comunes del alimento, el vestido, el menaje, etc., son limitadas o escasas, bien sea por hábito o bien por la misma miseria que aleja del pueblo toda idea de aseo y comodidad, aquellos brazos útiles tendrán pocos destinos en que ocuparse.

De aquí nacerá que se acostumbren al ocio y que adquieran los resabios y vicios que le son consiguientes. Esta es una pintura de Guatemala, donde la mendicidad es hija legítima de las expresadas causas, fijas y constantes, fuera de otras que son accidentales. A nuestras puertas llegan frecuentemente hombres robustos, ninguno de los cuales deja de saber algún oficio. No piden limosna, piden trabajo en qué ejercitarse, y con qué mantener una familia expuesta a perecer o a perderse. ¿Cuál será el rico empedernido que niegue su socorro a estos infelices, aun en la duda de si imploran o no de vicio? Por que es evidente que no todos los que aman el trabajo pueden dedicarse a él: no hay ninguna proporción entre los operarios y los consumos: un maestro, el día que no tiene que hacer, cierra el obrador y despide a sus oficiales: ¿qué harán éstos ese día, ganando en los demás un jornal que no les permite ningún ahorro?

"Si cada comunidad mantuviese a sus pobres, sin ser éstos onerosos a ninguna, se evitaría la mendicidad transeunte. Mas para ésto, era necesario que sus causas fueran de tal modo locales, que tuviesen su origen único en aquella comunidad a cuyo cargo debiera estar el remedio. Por el contrario, sucede que las causas están en las ciudades, y sus efectos se sienten en los campos. Ya se ha dicho que una de ellas y tal vez la primera, son los grandes propietarios, los cuales por lo común no viven en sus haciendas. ¿A cuántas familias de arrendatarios ha dejado perecer un gran señor? Y sin contarse los dolorosos efectos del despotismo feudal en cuanto a la opresión y vejaciones de todo género, el principal daño está siempre en pie, que es el trabajar centenares de hombres para la comodidad de uno solo, el cual disfruta de todos los regalos de la vida, mientras ellos no tienen que comer.

"De aquí resulta que ni la agricultura ni la industria florezcan. Nunca las manos mercenarias, los espíritus abatidos, ni los cuerpos desmalazados y flojos de jornaleros hambrientos, las han hecho prosperar. Muchos de ellos se cansan de un trabajo que no les da un premio correspondiente y le abandonan; en un año menos abundante los campos se despueblan, y la turbamulta de los necesitados corre en tropel a las poblaciones grandes a arrancar el sustento que de justicia se les debe, y a arrancarle de aquellos mismos que son los primeros causantes de su miseria.

"En estas lastimosas circunstancias las costumbres se degeneran, se contrae el hábito de vaguear, y el que un día se hizo mendigo por necesidad, lo sigue haciendo por vicio..."

Concretándose al espectáculo de los mendigos dice en otra parte:

"Hubo un tiempo en que a la pregunta ¿cuáles son los medios de destruir la mendicidad?, se respondía sin detenerse: los Hospicios. La Sociedad de Soissons en 1779, ofreció un premio sobre

esta misma cuestión: ¿Cuáles son los medios de destruir la mendiguez y de hacer útiles a los pobres robustos? No dar limosnas y destruir los hospitales, dijo el abate Montliner, y su Memoria fué premiada. Una paradoja semejante en su rigor no puede sostenerse; pero el premio adjudicado al autor comprueba por lo menos que la opinión pública ha decaido mucho sobre la utilidad de estos establecimientos piadosos. En contra de los hospicios se reune en la Memoria del Dr. Goicoechea cuanto se ha dicho y puede decirse: que multiplican los mendigos en vez de disminuirlos: que son contrarios a la salud pública y a la moral: que son injustos e inhumanos: que perjudican a la población y a la industria, etc. Todo esto está bien sólidamente demostrado, a pesar de que el autor protesta que su intento no es absolutamente impugnar los hospicios, sino buscar remedio a los inconvenientes que ellos ofrecen. En cuanto a los hospitales, copiaremos lo que se dice en un libro útil, que tiene la felicidad de ser superior a la esfera de los traductores de baratillo, y que por esto sin duda no se ha vulgarizado; pero que entre tantos fútiles y despreciables que salen todos los días en idioma genízaro y mestizo, debiera traducirse por quien le conservara todo su valor, como a la Historia Natural de Buffon, ya que por desgracia no tenemos otra mejor en nuestra lengua sobre el mismo asunto..."

Por último, refiriéndose La Gaceta a la misma Memoria sobre la mendicidad, insiste en la necesidad de curar ésta no por los establecimientos de beneficencia sino por la radical mejora de los medios de trabajo.

"Nada diremos nosotros en contra de estos piadosos establecimientos. El espíritu que los ha erigido es sublime, es emanado de la misma Divinidad. Si ellos son un mal, son un mal inevitable, especialmente los hospitales en las poblaciones grandes. Pero lo cierto es que donde el pueblo los mira con repugnancia o con aversión, en donde el jornalero no quiere ser llevado al hospital sino en el último recurso, costándole rubor y vergüenza el no tener con qué asistirse en su casa; allí hay más amor al trabajo, allí hay menos ociosidad, dedicándose todos y afanándose para ganar no sólo lo preciso, sino algún sobrante con que recurrir a los accidentes fortuitos. El oficial suda y se ingenia aun en los ratos de huelga: la mujer es hacendosa y por ningún lugar se da entrada a los vicios que perturban el orden doméstico.

"Hemos dicho cuales son las principales causas de la mendicidad en Guatemala y basta haberlas indicado para conocer cuáles son los medios eficaces y seguros de removerlas. Poner los consumos en proporción con el número de operarios, si se quiere que no haya muchos de éstos ociosos, porque es imposible que deje de haberlos y cada vez habrá más, si creciendo la población no se aumentan los medios de subsistir. A esto se dirigen los desvelos de la Real Sociedad, dando fomento a los ramos de industria establecidos y procurando introducir otros nuevos. A esto deben dirigirse los del Real Consulado para proporcionar la salida y el consumo de las manufacturas que se elaboran en el reino, y de las producciones agrarias, propias de sus climas, que pueden beneficiarse.

"Pero como estos medios, aunque con el tiempo surtirán todo su efecto, son lentos de por sí, y no pueden por de pronto acudir al remedio del mal, en esta "Memoria" se proponen arbitrios fáciles y hacederos para ocurrir al mantenimiento de los verdaderos pobres, evitando los perjuicios que causa la mala distribución de la limosna.

"Exhortamos a nuestros lectores a que mediten sobre la estimación que merecen la solidez de sus pensamientos, los conocimientos prácticos de su autor y el patriotismo con que está escrita."



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Poesía lírica para niños

Por CARMEN CONDE DE OLIVER

= De *Luz*. Madrid =

Poesía para los niños. ¿Entienden los niños la Poesía? No la entienden, sino que se toman de ella, se humedecen como las flores con el alba. "Es la aventura, la canción, lo que sí entienden"—oímos una vez.

Con ese ajeno prejuicio, abogamos, sin embargo, por que se le ofreciera a la Infancia la hermosa poesía lírica ("Cuadernos de cultura", número 25, enero 1931). Si se les habla a los niños de Historia y de Geografía, ¿por qué no ofrecerles la mejor historia y la mejor geografía, que son las del sentimiento armonioso?

Los terribles textos escolares sólo se ocupan de agrupar "escuelas". El niño que aprende literatura a conciencia, lo más que sabe es que hay un período en que se bifurcan las tendencias poéticas para formar el "culteranismo" y el "conceptismo". ¡Definiciones! Lo que debió ser consecuencia es siempre, por desdicha, iniciación.

Para los niños, ¿hay que crear un mundo fuera de la realidad? Relativamente... El mundo infantil no se parece, cierto, al de los mayores, pero tiene tantas exigencias espirituales como aquél: es poderoso, avasallador, encendido.

Sin saber ciertamente si la poesía lírica llegaba o no a la infancia, salimos de viaje por algunos pueblos de la provincia murciana. Nuestros libros eran de Gabriela Mistral, de Juan Ramón Jiménez, de Juana de Ibarbourou, de Tagore, de García Lorca, de Machado. Pensábamos que, de lograr establecer la indispensable corriente espiritual, sería con estos versos de absoluta y espléndida sencillez hermosa con los que lograríamos nuestro designio.

Más aperndimos que enseñamos. Los niños, como los hombres de la costa mediterránea, son más difíciles de asombrar, de conmover, que los castellanos. Esto ha de tener su explicación en que son de unas razas constantemente invadidas por razas extranjeras, más cultas. Su sensibilidad ya está hecha, y bien hecha; su cultura implícita es evidente. Están acostumbrados los hijos de la costa mediterránea a todos los impulsos y a todas las emociones porque son viejos en el latir, sentir.

Hay libros que pueden leerse en voz alta ante muchos oyentes. Otros requieren la soledad del lector, la meditación, porque una trama delgadísima, tan sutil como la del poema, necesita toda la atención del que lee. Hay libros que necesitan la explicación, insistencia sobre cosas ajenas al mundo de imágenes de los niños campesinos. Otra cosa son los libros de obligada lectura solitaria, por medio de la cual la poesía inunda, penetrando, el silencio, los pechos en ensayo de inquietud.



Madera de *Adela de Lines*

Clasifiqué en dos clases la poesía de mi equipaje lírico: para leer yo en voz alta y para que los niños leyeran solos.

En el tomo de "Poesías para los niños", de Juan Ramón Jiménez (selección de Zenobia Camprubí, Editorial Signo, 1933), se dice:

"... Nada importa que el niño no lo entienda, no lo "comprenda" todo. Basta que se tome del sentimiento profundo, que se contagie del acento, como se llena de la frescura del agua corriente, del calor del sol y la fragancia de los árboles; árboles, sol, agua, que ni el niño ni el hombre ni el poeta mismo entienden en último término lo que significan. La Naturaleza no sabe ocultar nada al niño; él tomará de ella lo que le convenga, lo que "comprenda". Pues lo mismo la poesía."

Entonces, ¿ocurrirá que los niños comprendan la poesía leída en la infancia cuando sean mayores? En su niñez no habrán tenido nada que, en realidad, hayan podido entender y gozar plenamente.

Porque la poesía lírica llega a los niños como un extraño y poderoso vaho, cogiendo brevemente sus palpitaciones apresuradas. Lo que en los niños hay aun de espíritus recién creados se conmueve pleno; pero el cerebro, imperfecto para la aprehensión completa de las palabras del hombre, nada percibe. La emoción queda en el pequeño pecho que únicamente por presentimiento coge la poesía.

Los niños gozan más con las imágenes plásticas. Lo sutil no les llega, aunque así lo queramos los mayores. Sí puede dejarse entre ellos la invisible hoguera lírica para cuando ya no estemos junto a ellos y sus monólogos sean libres.

El niño no sabe gozarse su infancia: se ignora. Por eso no comprende el poema lírico que es él, hecho música de voces escogidas entre los que hablan.

"Platero", burrillo que puede ser verdad; la "Carbonerita quemada"; "Natacha", niña que puede llamarse Lolita o Adela y que todos los días opone resistencia para ser dormida; el lobo, amigo ya desde "Caperucita"; el niño a quien su madre llama "corderito", "vellón de luna", mientras llena de leche su boquita rosa y miel; todos estos seres pueden ser comprendidos del niño. ¡Oh el gozo del hallazgo, de los niños del Cabo de Palos!

Pero la poesía de sugerencias, al niño que tan cerca anda todavía de lo absoluto, nada le dice.

Comentarios a la conversación Stalin-Wells

= De *Leviatán*. Madrid. Febrero de 1935 =

(Véanse las dos entregas pasadas)

H. G. Wells replica

Se me ha preguntado si tenía algo que añadir a esta discusión en torno a mi conversación con Stalin, y si quería replicar a Bernard Shaw. Mas, ¿quién podría contestar a Bernard Shaw? Ha adquirido, por costumbre y por prescripción, el privilegio femenino de lanzar sin freno asertos incoherentes. Fluye el torrente de interpretaciones caprichosas y desfiguradas y de hábiles insinuaciones; uno se encoge de hombros. Soy Clissold, soy Ponderevo, soy cualquiera cosa menos yo mismo; soy mezquino, soy vanidoso: no soy un caballero. Si eso a Bernard Shaw le ha de hacer más feliz, que así sea. Lo ha dicho una y otra vez, de hermosa manera. Y afirma también que cambio de parecer y voy dando volteretas, que soy un cobarde tránsfuga y un contemporizador, al servicio de lo que impere en el momento— ¡y quién sabe si no ha logrado creer hasta eso!—. Pero, ¿por qué repite todos esos tópicos acerca de mi personalidad cuando había otras cosas mejores que comentar? Tuve una conversación con Stalin; y también tuvieron otra Shaw y lady Astor, pero no conozco ninguna reseña oficial de este otro encuentro. Sólo he oído las observaciones de Stalin acerca de él, y no estoy autorizado a publicarlas; no puedo siquiera establecer una comparación y trazar el cuadro inverso. ¿Es que fraternizaron los tres sobre la idea de la lucha de clases? Así lo barrunto. ¿Escuchó Shaw? El dice que yo no escuché lo que me decía Stalin. Pero, ¿es que cree alguien que Shaw fuera capaz de escuchar lo que Stalin le decía a él? ¿Le dejó a Stalin colocar alguna palabra? En torno a aquella conversación ha mantenido Shaw un silencio extraño a sus costumbres.

La mofa despreciativa que Shaw hace del P. E. N. Club de Galsworthy se me antoja un tanto depravada. El P. E. N. Club es una organización pequeña, ambiciosa, que apenas si llega a ser cuatro veces más numerosa, solvente y renombrada de lo que era la Sociedad Fabiana hace treinta años. Pero no presume de lo que no tiene, y lucha por la libertad de expresión, y me alegro de haber podido serle útil después de muerto Galsworthy. No quiero defender al P. E. N. No quiero defenderme tampoco contra ninguna de estas cosas. A lo sumo aludiré únicamente a mi curiosidad por saber qué es lo que se imagina Shaw que fueron esos maravillosos "cañones", a cuyo pie "se quedaron" tan valientemente él y Webb en aquellos famosos tiempos de Clifford's Inn. Parece que esos cañones siguen retumbando victoriosamente en su vieja y querida cabeza. Hasta el punto de apagar por completo el menor rumor de cuanto está aconteciendo en torno suyo.

Desde luego, yo no considero mi vida mental como una cuestión de "quedarme al pie del cañón". Me parecería igual a empantanarme en el lodo tercamente (1). Mas sí estimo que en esa mi vida mental he seguido persistentemente una misma senda. Nunca consideré el fabianismo ni su antagonista insurreccional, el marxismo — a los que, según parece, Shaw se tragaba simultáneamente en aquellos gloriosos tiempos pretéritos del fabianismo—, como la culminación de la sabiduría humana. He evolucionado con mis tiempos. Desde que empecé a exponer las ideas que en mí fermentaban en **Anticipaciones** y **El alimento de los dioses,** he seguido desarrollando constante y progresivamente mi concepción de un grupo fundamental de hechos contemporáneos: el cambio de escala y de alcance en las condiciones humanas, la sustitución de los trabajos rudos y penosos y las modificaciones necesarias en las ideas, costumbres e instituciones que pueden y deben seguir como consecuencia de todo ello. Shaw se ha quedado tan valientemente al pie de ese "cañón" suyo, que, a pesar de los esfuerzos educativos sinceros, afectuosos y llenos de respeto que he descrito en mi **Autobiografía,** él no se ha dado nunca cuenta, ni siquiera de la manera más elemental, de lo que significa ese cambio de escala. No entiende en absoluto de esas cosas, y temo que ya no las entienda nunca. Es posible que yo, como él dice, me sienta poco dispuesto a escuchar lo que ya he oído antes; mas por todo cuanto atañe a los fines intelectuales, su egotismo susceptible y defensivo y su tendencia a dramatizar levantan un clamor tan grande, que él se ha quedado prácticamente sordo como una tapia.

Ese concepto del cambio de escala como realidad de primaria importancia en los asuntos contemporáneos es tan amplio y fructífero en sus direcciones, que a su lado esa mezcolanza rara de apetitos, suspicacias, envidias, temores, odios y errores, que todo junto constituye la idea de la lucha de clases, parece tan grotescamente anacrónica, en cuanto sistema de motivación, como el miedo a la brujería, que también este último impulsó en su tiempo a grandes masas de seres humanos hacia la violencia bienintencionada y la atroz injusticia. Hasta el propio Stalin tiene que realizar un esfuerzo considerable para aferrarse a esa idea, **ex officio;** y por fines tácticos Shaw la profesa porque es absolutamente incapaz de comprender por qué no debería hacer cosas de esa índole. Todos hacemos, unos más, otros menos, cosas de esa índole, y ¡qué lástima es! En verdad no puedo creerle ignorante del hecho de que se viene evaporando, de modo constante, la ilusión representada por la lucha de clases. El espíritu humano, tan superior a las personalidades que impulsa, evoluciona hacia realizaciones creativas de la categoría más amplia, y esta herencia pendenciera de las edades de escasez queda reducida a algo sin importancia, incluso allí donde se extiende todavía. El darse cuenta de la inspiración que hay en las posibilidades humanas, el comprender las promesas gigantescas que se están abriendo camino a través de las confusiones de la realidad contemporánea, da a estas pequeñas tentativas de lucimiento, a nuestros intentos de ridiculizar y empequeñecernos mutuamente, el aire de algo lastimoso. Y son, en efecto, algo lastimoso.

¡Qué seres más mezquinos habremos de parecer a los ojos de las generaciones venideras! Aquí nos tienen, a Shaw y a mí, cercano ya el fin de nuestras vidas, y sin encontrar nada mejor que hacernos sino esto: zarandearnos el uno al otro. Es ridículo sentir el afán de rivalidad y de comparaciones personales pasados los sesenta y cinco años. Es evidente que alborea un nuevo modo de vida para nuestra especie. Una multitud de gente lo está vislumbrando confusamente, y dentro de poco grandes multitudes lo vislumbrarán con toda claridad. Es una posibilidad hoy; mañana será un objetivo manifiesto. Son miles los que están cooperando en ello, y nadie puede ir danzando delante y gritar: "¡Este movimiento es mío!" Cegados por las tradiciones, los convencionalismos, celos, patriotismos, prejuicios, la malicia autoprotectora y el amor propio, nosotros, los de la generación que se va, marchamos a tientas hacia ello, casi sin querer. El ataque de Shaw contra mí y mi propio resentimiento mal reprimido me han llevado a pensar, con cierto desasosiego, si no es que ha llegado ya la hora de irnos. Acaso estén haciendo los jóvenes, con recato, más de lo que nos agrada imaginarnos.

Y, sin embargo, tengo la sensación de que más vale que me quede todavía un poco, aunque no fuera más que para decirle, a la salida, a este triste dogma de la lucha de clases: "¡Usted primero!"

G. B. Shaw continúa

¡Orden, señores, orden, por favor! ¡No echen en olvido sus buenos modales internacionales!

Cuando me pidió el director de **The New Statesman and Nation** que escribiera un comentario a la reseña de la entrevista entre Wells y Stalin, me di perfecta cuenta de que no me pedía que "atacara" a Wells. Se trataba de un acto público, hasta diré que de un acto europeo pues ambos interlocuto-

(1) Juego de palabras intraducible con las expresiones «*stick* to his guns», «*stick* in the mud», etc.

res poseen una eminencia que coloca su entrevista completamente fuera de la atmósfera de las meras disputas domésticas y de la susceptibilidad idiosincrásica.

Examínese la situación por un momento. Ahí está Rusia resolviendo todos los problemas que nosotros tratamos vanamente de eludir con el dinero de subsidios al paro, de ahuyentarlos con la fuerza de armamentos, de alejarlos mágicamente por medio de rezos en favor de un resurgimiento del comercio. En el curso de la labor hecha para resolver dichos problemas se han realizado descubrimientos políticos, en ciencia política aplicada, de un interés enorme y de una capital importancia. Séame permitido citar los dos principales.

En primer lugar, los estadistas rusos han descubierto que en un país realmente libre —es decir, un país que pertenece a su propio pueblo, y en el cual un grupo cualquiera de hombres capaces e inspirados por el espíritu del bien común puede organizar cualquier servicio público que les plazca, sin tener que recurrir al Parlamento pidiendo leyes especiales, y sin tener que pagar sumas monstruosas a terratenientes y abogados— la forma en que la gente responde a esa libertad es hasta tal punto mayor de lo que pudo concebirse sin una demostración práctica, que Rusia ha podido efectuar en diez años transformaciones sociales que bajo nuestro sistema hubiesen exigido un siglo, si es que el simple hecho de proponerlas no hubiera determinado la reclusión inmediata en un manicomio para los autores de semejante proposición. Es esta revelación de las reservas de capacidad organizadora y administrativa contenidas en las masas lo que ha impresionado a Stalin tan hondamente, como demostración de que el "pueblo" es indispensable en cuanto fuerza política. Lord Passfield, **ci-devant** Sidney Webb, que es tal vez el investigador más científico de la democracia industrial entre los que hoy viven, puso la mano inmediatamente en este descubrimiento, y no tardará en hablarnos de ello con la extensión debida.

El segundo descubrimiento fué éste: cómo, bajo esas mismas condiciones de libertad antes citadas, se va elaborando una Constitución, desde los mismos cimientos hasta su remate, al salir del caos político. En un prefacio reciente he mostrado que el Comunismo no produce ni una dictadura tosca, ni un Comité, no menos tosco, de Salud Pública que emplease la guillotina ciega y desesperadamente, hasta que el verdugo se declare en huelga por agotamiento; sino un clero democrático, seleccionado por propia vocación, que organiza una Iglesia Militante democrática con su Inquisición, unidas por una fe común y por sus votos de pobreza y castidad. Para expresarme en términos wellsianos, produce los Samurai que anhelaba míster Wells, en una época en que liberales y radicales se estaban narcotizando todavía con sueños amorfos de gobierno del pueblo para el pueblo y por el pueblo. Rusia ha creado el gobierno del pueblo para el pueblo, por hombres y mujeres a quienes les interesa lo bastante la condición en que vive el pueblo para que se dediquen a esa labor por la labor misma, a través de una jerarquía que es democrática en su base y voluntaria de arriba abajo. Rusia ha realizado el ensueño de Mr. Wells, sacándolo del país de los sueños y llevándolo a la realidad para que el mundo lo vea y lo imite.

Tomemos al propio Stalin. No es "ni duque ni señor", ni rey ni canciller, ni dictador ni primer ministro, ni arzobispo ni objeto de unos saludos impuestos por muchachos vestidos con camisas de color, sino simplemente secretario del órgano supremo de control de la jerarquía, sujeto a ser despedido con cinco minutos de previo aviso si no cumple su mandato a satisfacción. Ha logrado ese puesto por la ley de supervivencia del más apto, y lo ha desempeñado durante años entre las más espantosas vicisitudes que rodearon jamás el doloroso parto de una nueva civilización. Es un estadista que posee una experiencia extraordinaria, única, comparados con el cual los gobernantes de las potencias occidentales —agarrados a un sistema automático y nefando, pertrechados con un surtido de frases vacuas, de historias ficticias y de rutinas trasnochadas— parecen hileras de muñecos destartalados en un viejo museo de figuras de cera. El privilegio de celebrar una entrevista con Stalin es un honor y una oportunidad, de los que puede enorgullecerse hasta el más eminente filósofo social.

Ese privilegio fué concedido, muy merecidamente, a Wells. ¿Y de qué le sirvió a nuestro Wells? Entró trotando en el Kremlin y vino a decir en sustancia, esto: "Señor Stalin, usted es una medianía, con una cabeza también de segundo orden, llena de esa tontería que llaman la lucha de clases, a la que mis amigos del P. E. N. Club no prestarían ni un momento de atención. Ahora escúcheme a mí, que le voy a explicar las enormes posibilidades del Mundo de William Clissold, etc., etc., etc."

Y yo le pregunto a Wells si se va a quedar en eso. Es inútil que proteste diciendo, con toda sinceridad, que no fué así, que él nunca tuvo la intención de que fuera así, y que yo soy todo lo embustero y todo lo **snob** y todo lo difamador que pueda llamarme su elocuente pluma. Porque esa paráfrasis mía es precisamente lo que vino a ser, en resumen, la entrevista, y lo que habrá de parecerle a cualquiera que la lea, salvo a H. G. Wells. Es también lo que habrá de parecerle a Stalin; pues Stalin, aun cuando ha demostrado que reconoce en Wells a un hombre genial, y como a tal le ha rendido el tributo más alto que estuviera en su poder, no es fácil que sepa lo que todos sabemos en Inglaterra, o sea: que Wells se parece a Carlos Marx en que se niega a tolerar la existencia "de cualquier otro guijarro en la playa". Wells puede desarmar la crítica en su país admitiendo plenamente sus propias flaquezas, haciéndonos reír a todos con ellas, con lo que luego le seguimos estimando lo mismo. Pero ésta es una ocasión en que no cabe valerse de la intimidad británica; y, francamente, más valiera que presentara sus excusas a Stalin y que luego se vengara sobre mí hasta la saciedad.

Es éste un momento en que ha llegado la hora de tomar decididamente la delantera, entre los de habla inglesa, y tener la común decencia diplomática de tratar a Stalin con la consideración más distinguida. Si hay alguien en el Ministerio británico de Negocios Extranjeros que posea la menor previsión y tenga la más leve idea de la situación en el Extremo Oriente, el próximo viaje del príncipe de Gales será para ir a la U. R. S. S. El príncipe sabrá comportarse debidamente, cualesquiera que sean sus opiniones particulares. Lord Lothian y Lord y Lady Astor, por no hablar de mí mismo, supimos comportarnos irreprochablemente; tratamos a Stalin del mismo modo que hubiésemos tratado al emperador de una potencia amiga, y desempeñó su papel magníficamente. Wells hubiera debido dejar tras de sí las modestas irresponsabilidades de Atlas House (1) cuando estaba visitando el Atlas.

Le vuelvo a repetir mi llamamiento para que aclare, en unas palabras finales, que aprecia realmente las magnitudes representadas hoy día por las palabras Rusia y Stalin.

Por lo que respecta a Maynard Keynes, confieso que me hizo reír llamando a Stalin "gramófono". A Stalin le dará lo mismo; todos somos gramófonos cuando se trata de la tabla de multiplicar, y Mr. Keynes sabe bien que gramófonos más horripilantes son nuestras Universidades, con sus discos desgastados y trasnochados. En cuanto al reproche que se me hace de no ser "científico" (un vocablo que en su sentido personal emplean ahora principalmente los boxeadores), no pasaré con ello a la posteridad. El Hombre Científico Perfecto es aquel que resulta tener razón siempre, cualesquiera que sean sus métodos. No existe y no existirá nunca. Faltándonos ése, el hombre más científico es aquel que resulta tener razón el mayor número de veces.

(1) Presumimos que es el edificio de Londres donde está instalado el P. E. N. Club.

Una antología

Por ENRIQUE DIEZ-CANEDO

= De *El Sol*, Madrid =

He aquí el título completo, que en los ejemplares, encuadernados, no trasciende a las tapas, ocasionando tal vez error: "Antología de la Poesía Española e Hispanoamericana" (1882-1932) (1). Las fechas son esenciales. La primera indica el punto de partida. La segunda, aquel en que el recopilador, Federico de Onís, hubo de poner fin a su trabajo para darlo a la imprenta. No es, por lo tanto, fecha que cierre un ciclo. Muchos de los poetas que en el libro figuran siguen trabajando: los últimos grupos dan una poesía en formación lejana todavía de su cenit, aunque anote ya nombres y obras definitivos. Porque no es de sospechar que todos estos poetas jóvenes, aun los de labor bien cuajada, se encierren del todo en su actual manera. Algunos de ellos, quizá los más destacados, inician ya cambios muy significativos.

Digamos, desde luego, que la "Antología" de Federico de Onís, ordenada no sólo en los intermedios de su actividad académica, tan fecunda en Columbia University, sino en repetidos viajes a España, con la asistencia de copiosísima bibliografía, que no es el menos interesante aparte del libro (en que se ve la mano cuidadosa y el espíritu vigilante de la señorita Rosenbaum), y en continuas consultas y aun controversias para determinar admisiones y exclusiones, para decidir, sobre todo, la clasificación, es decir, la vida orgánica de la Antología, es digna de su vasto empeño.

Federico de Onís ha consultado mucho, ha sabido oír y se ha decidido, en más de un caso, por su propio criterio, marcando así su personal sello en la obra. Con errores o aciertos, ella es suya, y como suya hay que considerarla, que no como obra de los poetas cuyos versos aduce.

A diferencia de tantas otras antologías, no es el capricho del orden alfabético, ni el azar de una data — nacimiento o primera obra en tomo — lo que ordena la de Onís. Toma la poesía española en su más amplio sentido: poesía en lengua española, ya sea peninsular o americana; y esto bastaría para darle interés, mostrando las voces líricas de veinte pueblos en un coro único. Mas, ante todo, su labor selectiva se ha concentrado en un período cumplido y perfecto, cuyas resonancias persisten aún, cuando ya se inician otros rumbos. Entre los poetas de la primera parte, "Transición del romanticismo al modernismo", y los de la última, "ultramodernismo" hay correspondencia evidente. Aquéllos no son "todavía", éstos no son "ya". El cuerpo de la "Antología" se ve en las partes encabezadas con estas denominaciones: "Rubén Darío", "Triunfo del modernismo", "Juan Ramón Jiménez", "Postmodernismo".

Como los poetas no son seres inmutables, cada una de estas divisiones trasciende a otra u otras. Para señalar el más claro ejemplo, vemos a Ji-



Federico de Onís

ménez dominar las subsiguientes partes del libro, de tal modo, que en todas ellas encajaría; pero aun figuras más modestas alcanzan flexibilidad bastante para desbordarse de su grupo. No es éste un mal del libro, organizado con suficiente amplitud y no encastillado en una rigidez que cada página desmentiría. Las divisiones y subdivisiones indican palpable y no tiránicamente lo meditado del plan. En cuanto a las denominaciones, algo pudiera objetarse mas en la seguridad de que Onís se ha planteado a sí mismo la objeción y ha resuelto sin ceder al capricho. Yo, de todas maneras, no veo bien que en la división última, llamada "Ultramodernismo", se considere a los poetas que mejor definen el espíritu nuevo en la poesía con el dictado de "ultraístas" que en España se dieron poetas no inclusos entre los que Onís designa con tal nombre, que ellos, por su parte, no han de aceptar muy a gusto. En primer lugar, para los conocedores de la poesía española, esto da lugar a confusión. Onís, sin embargo, se defiende al decir que de aquella tendencia sólo ha quedado el nombre, y éste se puede rehabilitar de manera útil para designar a los poetas de la sección última. Es, por lo tanto, una proposición que bien pudiera lograr acogida favorable, si tanto mereciera la nueva "Antología", llamada a obtener gran difusión en la enseñanza.

Estas denominaciones de escuelas o períodos literarios son siempre un poco arbitrarias, y depende su éxito de factores imponderables. Cuando el nombre no surge espontáneo del carácter de la obra a que se aplica, hay que acudir a un "pre", a un "post", o en este caso, a un "ultra". Con lo cual no se dice lo que propiamente es, sino más bien lo que no es el período así nombrado. "Ultraísmo", para Onís, es una sección de lo que llama "ultramodernismo"; la otra es una nueva "transición del modernismo al ultraísmo". Ultraísmo sería más bien negativa de todo "ismo". El período que siguió al modernismo no ha encontrado el suyo, y dice que no lo quiere. Pero ¿se entiende acaso la protesta de una criatura en la pila bautismal?

¡Quién sabe, pues, si está llamado a prosperar el nombre de ultraísmo para la nueva poesía! Si no prevaleciera, o si un día se encontrara otro mejor, sin duda Onís abandonaría el suyo; por ahora, bien hace en mantenerlo, puesto que le gusta y no hay otro a la vista. Los que pudieran darse nombre a sí mismos no han compaginado aún su antología propia, pues no lo es la tan conocida de Gerardo Diego. Tuviéranla formada e impresa, y tal vez del título pudiera sacarse palabra capaz de sustituir a la que hoy Federico de Onís propone.

No existen motivos de mayor entidad para que se hayan aceptado algunos nombres hoy generalmente admitidos. El que quiera ver adónde van a parar esos rótulos, lanzados unas veces con la más profunda convicción, otras para lograr atención rápida, vea en cierta "Histoire contemporaine des lettres francaises de 1885 a 1914", libro caótico de Florián-Parmentier, la enumeración de "escuelas literarias" que un momento gozaron de publicidad, si no todas de crédito: versilibrismo, paroxismo, naturismo, sintetismo, integralismo, impulsionismo, sincerismo, intensismo... y tantas más. De todos esos nombres, uno solo ha quedado, aunque se quiebre por mil partes: "simbolismo", con que se designa ya a toda una época literaria. Entre nosotros, el que da a la antología de Onís su núcleo central, "modernismo", no ofrece mayor consistencia. Si lo analizamos, encontraremos en seguida sus fallas. Pero se ha generalizado de tal suerte, que su solo enunciado nos declara ya el contenido. Y a nadie extravía, en más amplia zona, el término "romanticismo", que la autoridad de Menéndez y Pelayo encontraba también "un poco estrecho".

Con esta discusión nominativa se ha quedado en segundo término, al parecer—yo opino que no—, el contenido de la nueva "Antología". Sus 1.212 páginas encierran copioso caudal; pero ya dijo un discreto antólogo inglés que una antología será tanto mejor cuanto pueda ser más extensa. Los poetas citados por sus obras, en abundantes selecciones muy a menudo, son unos ciento cincuenta, correspondientes a todas las naciones de nuestra habla, si tenemos por una sola a la América central, y si descontamos al Paraguay, que habrá tenido ya sus Aquiles, pero no sus Homeros, y a las Filipinas (aunque caen fuera del título), en cuyo acervo poético algo pudo espigarse. ¿Demasiados

(Pasa a la página 266)

(1) Madrid, 1934. Centro de Estudios Históricos.

El poeta Juan Ramón Jiménez

El modernismo. Rubén Darío, más vivo que nunca. Los «poetas voluntarios». La obra total de Juan Ramón Jiménez. Un poco de biografía.

Por PROEL

= De *La Voz*. Madrid. Envío de *Juan Guerrero Ruiz*. Alicante, España =

Juan Ramón Jiménez es uno de esos hombres a quienes da miedo conocer por temor a que la persona no responda a la imagen que uno va forjando a través de sus libros. Yo tenía este temor, y con él aguardaba a que apareciese el poeta de "Platero y yo". Era en su casa, allá en lo alto del barrio de Salamanca. Juan Ramón vive bien. En el silencio de un comedor todo sobriedad y buen gusto, espero. Primeras horas de la noche. Luz indirecta, suavísima.

Juan Ramón aparece. Un rostro pálido—"pálido de sentirme tan divino", cantó Darío—, una mirada ardiente, una barba negra que deja ver la claridad de la sonrisa...

—Pase usted aquí a esta sala —me dice—. A mí no me avergüenza este desorden.

Juan Ramón está ordenando su obra completa, y por todas partes se ven manuscritos. Sin embargo, la impresión total es de armonía y pulcritud. Un retrato del poeta a los veinte años pintado por Sorolla resalta en la pared. Un tresillo tapizado de tonos obscuros. Un gran piano, en forma de mesa, cargado de pequeñas cosas, con la tapa del teclado levantada como una invitación.

—Es un "Steinway" — va diciendo el poeta—. El primer modelo que fabricó la casa. Recuerdo de familia. Ha resistido varios viajes transatlánticos. Yo prefiero esta forma a la forma de cola. Además, como ya es viejo, suena a clavicordio.

Sentados ya, volvemos a contemplar el retrato pintado por Sorolla.

—Ahí acababa de publicar yo "Arias tristes"—dice Juan Ramón.

—¿Ya había usted entrado en el Madrid literario de entonces?

—Yo vine a Madrid a los diecisiete años. Son las cosas que hace uno a esa edad. Rubén Darío me escribió a Moguer felicitándome por unos versos e instándome a venir a Madrid. Así lo hice.

El rostro del poeta se baña de sonriente nostalgia:

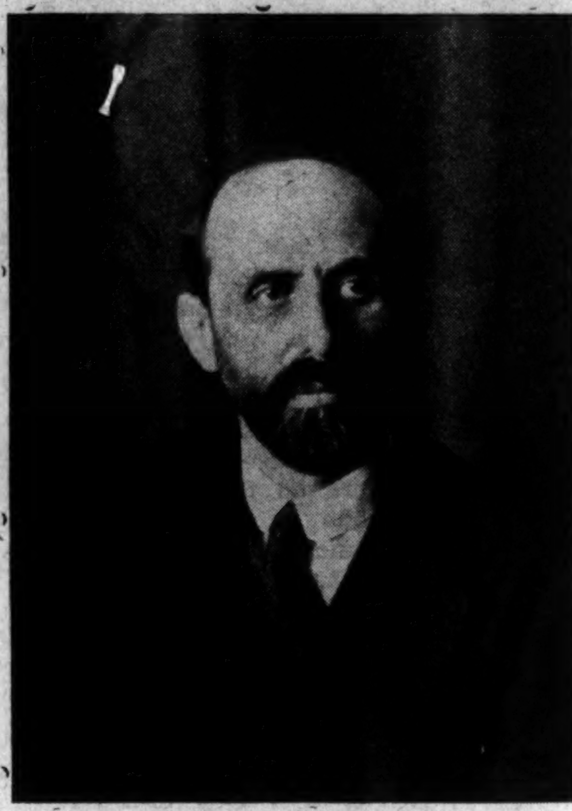
—¡Aquello tenía su encanto!

—¿Rubén Darío influyó mucho en usted?

—Darío influyó en todos. Rubén Darío ejerció una influencia decisiva en la literatura castellana. Verá usted.

Juan Ramón Jiménez, sentado en una silla alta, con la pierna cruzada, las manos finas sobre la rodilla, difuminado en la semipenumbra de la estancia, va recordando:

—Uno de mis primeros ejercicios poeticos fué traducir a Curros Enríquez y a Rosalía de Castro. Allá en Moguer



Juan Ramón Jiménez
(1935)

había un señor, viejo republicano, que tenía en su biblioteca estos libros. Acaso por el prólogo de Castelar a Rosalía... Lo cierto es que en su biblioteca encontré "Follas novas". Traduje varias cosas. Algunas se publicaron en un periódico de Huelva. Luego empecé a publicar versos míos en la revista madrileña "Vida Nueva". Entonces recibí la carta de Rubén Darío. Aquello es toda una época. Es lo que se llama la época del modernismo.

Hace una pausa y añade:

—Ahora bien: es necesario ya esclarecer lo que fué el modernismo. El modernismo no fué solamente una tendencia literaria; el modernismo fué una tendencia general. Alcanzó a todo. Creo que el nombre vino de Alemania, donde se producía un movimiento religioso de tipo reformador por los curas llamados modernistas. Y aquí, en España, la gente nos puso ese nombre de modernistas por nuestra actitud. Porque lo que se llama modernismo no es cosa de escuela ni de forma, sino de actitud. Era el encuentro de nuevo con la belleza, sepultada durante el siglo XIX por un tono general de poesía burguesa. Eso es el modernismo: un gran movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza.

—Rubén Darío fué el capitán, ¿no es eso?

—Hay el Darío universal que yo defiendo, y hay el Darío de lo exótico y lo castellanista; el Darío exótico de las princesas y los lotos, y el Darío castellanista, que canta a los hidalgos del siglo XVI. Hoy nos parecen tan rancios aquellos lotos y aquellas princesas como los viejos soportales y los hidalgos D. Juan, D. Lope, don Rodrigo... En Rubén Darío aquello fué como una emoción de forastero. Queda el gran Darío. Ese está vivo en todos los poetas actuales. En concepto y en léxico.

—¿También en los más jóvenes?

—En la poesía joven está más clara la presencia de Rubén Darío que en la generación intermedia. Todos los poetas de mi generación le debemos mucho a Darío, incluso Unamuno, que pertenece al 98 (yo también le debo a Unamuno); pero hoy está Darío más vivo que nunca. Aparte de esto, puede decirse que nos hallamos en pleno modernismo. Hay actualmente en España un gran entusiasmo por la poesía. Por lo demás, el modernismo existirá siempre —con el nombre que sea, porque el nombre se lo ponen los demás—, ya que no se trata de una escuela, sino de un movimiento permanente.

Fluye gozosa la palabra de Juan Ramón. De pronto se enciende en esta frase, que se le escapa como un paréntesis: "¡No hay nada como hablar de poesía!" Y añade:

—Es curioso: Rosalía y Bécquer influyen en Rubén Darío; Darío amplifica a Bécquer (toda su primera época es becqueriana), y cuando se los creía despedidos a los dos, aparecen en la poesía otra vez.

—¿Quiere usted hablarme algo de los poetas jóvenes?

—En Lorca y Alberti — dice Juan Ramón Jiménez — se vuelve a encontrar la expresión dinámica. Luego hay un grupo, Guillén, Salinas, etc., a los que yo llamaría "poetas voluntarios". Viven a fuerza de ocultación y andamiaje. No tienen invención ni acento. Hacen tema de la poesía. No hay que hacer tema, es decir, oficio. Ellos eligen un tema, y como tienen talento, hacen una cosa que está muy bien literariamente, pero que no es poesía. En ellos, el espíritu está substituído por el método, y el hallazgo, por el truco. Simulación, en suma. Se llenan de alarma, y hacen antologías para hacer historia literaria antes de tiempo. Ese grupo desdeña al otro: Espina, Domenchina, Basterra... De todas formas, hay en este instante, como le decía, un movimiento de entusiasmo poético.

Hablamos ahora de la obra del propio Juan Ramón Jiménez. En el próximo mayo saldrá el primer tomo de su obra completa. Serán catorce tomos en cuarto mayor, con quinientas páginas cada uno. El verso irá ordenado por

géneros: romances, canciones, sonetos, silvas, estancias... Y la mitad del texto aproximadamente será inédita.

—Resulta curioso — dice Juan Ramón — comprobar que mi labor de treinta años da prosa y verso casi por partes iguales. En mi obra incluiré hasta las cosas de los catorce años. Hoy tengo cincuenta y tres; si uno logra vivir diez más, tendrá la alegría de ver ordenada su obra. Lo que colmaría mi satisfacción sería publicarla sin mi nombre. Pero ya que la mitad se ha publicado con él, no me decido a negarlo ahora.

—Se ha dicho que usted corrige mucho sus manuscritos.

—Corregir, no. No es eso exactamente, puesto que no modifico lo más mínimo ni el acento ni el espíritu. Pero si sobran tres palabras o hay un verso ridículo, ¿por qué dejarlos? Hay que volver sobre las cosas para meter la inteligencia en lo que hizo el instinto. Sobre todo, lo que yo persigo es la tersura. Evitar el verso empedrado. Tersura.

—Ahora se va a ver que es una labor enorme la que usted ha hecho.

—Yo trabajo constantemnete porque mi trabajo es mi vocación. Ojalá cada cual pudiera hacer el trabajo de su gusto. Así entiendo yo el comunismo: que cada cual trabaje en lo que le guste. Y no digan que no se encontraría gente para los trabajos rudos, porque hay quien goza partiendo troncos lo que no gozaría si le obligasen a estar con una pluma o un pincelito horas y horas.

Nuestro recelo se ha desvanecido. En la persona de Juan Ramón Jiménez hemos encontrado al poeta. Nada ha descompuesto la semblanza ideal. Se dijera incluso que su voz, un poco lenta, llena de vibración interior, clara y grave al propio tiempo, es la voz adecuada a sus romances.

—Quisiera preguntarle algo todavía, Juan Ramón.

—Dígame, dígame. Yo no oculto nada.

—Se refiere a ciertas aprensiones de usted.

—¡Ah!, sí. Mire usted. Cuando yo era casi un niño murió repentinamente mi padre una noche allá en el pueblo. Verlo morir mientras la casa se llenaba de gritos me produjo una impresión imborrable. A partir de entonces tuve durante mucho tiempo la idea fija de llevar la muerte a mi lado. Esto, unido a mi temperamento reconcentrado, me produjo una melancolía inmensa. Viajé. Estuve en Francia en un sanatorio. Me acostumbré a vivir en casa con jardín; cuando regresé a España, el doctor Simarro, que era muy amigo mío, me proporcionó el modo de hospedarme en el Sanatorio del Rosario; todo aquello, es decir, toda esta parte de Madrid, era campo entonces; allí escribí los "Jardines"; fuí el primer huésped de la antigua Residencia de Estudiantes. Pese a las aprensiones, uno ha ido a todas partes. En Nueva York, donde me casé, me encontraba perfectamente. En cambio, más de una vez, en un pueblo solitario he sentido la desazón de pensar: ¿Y si me pusiera enfermo de pronto? Usted sabe que Tagore tiene que andar siempre con un médico al lado. Y que lo mismo le pasaba a la condesa de Noailles. Eso es todo lo que se refiere a mí. Se ha fantaseado mucho. Lo que sucede es que a uno por su sensibilidad, le impresionan más hondamente las cosas: pero le dicen que hay que ir al Polo, y va.

¡Divino Juan Ramón! Sólo a fuerza de serlo se concibe que quien escribió las "Pastorales" esté aquí frente a nosotros. Hay poetas que nos angustian. Pensamos que después de aquel milagro de belleza y emoción no podrán salvarse. Para ello hay que ser divino. Juan Ramón Jiménez es un poeta así.

Especialización y cultura

= De *El Tiempo*. Bogotá =

Entre dos viajes a las capitales europeas, en la nueva diplomacia de conversaciones directas que tan valiosos frutos deja desde Mr. Barthou a los estadistas europeos, sir John Simon, el ministro de relaciones de Inglaterra, ha encontrado tiempo para dictar una conferencia sobre un tópico tan general y tan alejado de su especialidad como el que indica este título: "Especialización y cultura".

Ante los profesores de la Westminster Hospital School explicó sir John cómo el profesional debiera mantenerse al frente en el conocimiento de su propio ramo de la técnica, satisfacer las demandas de una carrera nunca solitaria, sino llena para él de competidores, al mismo tiempo no quedarse demasiado atrás en el campo de la cultura general. Como lo sabe él mismo por propia experiencia, es ésta una ardua labor. Refiriéndose con fina ironía a sus colegas los jurisperitos, habló sir John del juez que no había leído nunca ninguna de las obras de Shakespeare, y recurrió al sargento del juzgado por guía de lecturas, preguntándole cuál de las obras del clásico inglés debiera leer primero. El sargento le recomendó "Romeo y Julieta".

Algunas semanas después el sargento le preguntó si había leído la obra: "Sí —contestó el juez, —la he leído. Es un tejido de hipótesis improbables desde el principio hasta el fin". Es evidente, como explica sir John, que el juez tenía un cerebro de una sola pieza. Como caso opuesto cita sir John el de Robert Bridges, que después de atender sus numerosas consultas en diversos hospitales de Londres se entregaba a su "Violon d'Ingres", la ornitología. Era una autoridad, además, en fósiles y en literatura griega, y hacía versos. La lista de médicos-poetas es muy larga, según sir John.

En nuestros días no puede exigírsele a nadie que sea una enciclopedia ambulante, pero sí algunas lecturas generales. Sus propias lecturas, revela sir John modestamente, son la de los clásicos, aunque sólo puede entregarse a ella en las ediciones bilingües que presentan en una página el texto griego o latino y en la página opuesta su versión inglesa.

Como su auditorio era de médicos, insistió sir John en que cada doctor joven debe tener conocimiento de algún lenguaje moderno e interesarse "modestamente en los asuntos públicos". Acaso resulte ingenuo, pero nos parece consolador saber que este verdadero "scholar", discípulo que fuera del seminario de "todos los Santos" de Londres, no se avergüenza de "tomar" sus clásicos de la manera más cómoda, en las traducciones bilingües. Claro que no es esto aconsejar el olvido o el no aprendizaje del latín o el griego, sino la invitación a leer las obras esenciales aún cuando sea en "esas pavorosas ediciones australes" que azoran a Jub.

Una antolo...

(Viene de la página 264)

poetas? Casi tantos son los que figuran en cualquier antología nacional. La tarea de selección, aun hecha con mano generosa, ha tenido que ser difícil. Siempre el conocedor de poesía echará de menos algún nombre que aventajaría, en su opinión, a algún otro. Si yo señalara omisiones, caería tal vez en el mismo pecado.

Pero lo más notable en libros como éste es el comienzo de labor orgánica. Hasta aquí ninguno lo había intentado, no ya en una antología, sino ni siquiera en una historia literaria, como lo ha hecho Federico de Onís. Su libro ha de ser la piedra angular, el asiento de toda construcción futura.

Alocución de Víctor Margueritte a las Delegaciones de Estudiantes y Obreros al Congreso Mundial de Estudiantes contra la guerra y el fascismo, en Bruselas

= De la revista *Front Universitaire*. Traducción y envío de *Carmen Lyra* =

En los últimos días del año pasado, en diciembre de 1934, se celebró en Bruselas un Congreso Mundial de Estudiantes contra la guerra y el fascismo. Asistieron 400 estudiantes de 43 países: de América, de Europa, de Asia, de Africa y de Australia. Concurrieron estudiantes de la Alemania hitlerista, de la Italia de Mussolini, de la España de Lerroux de la Polonia de Pilsduski. Había allí socialistas, comunistas, liberales, católicos, etc. Con ocasión de este Congreso, Víctor Margueritte, el bien conocido escritor francés, habló a la delegación de estudiantes franceses y a los representantes de la Francia Obrera Juvenil que iban a partir para Bruselas.

En estos momentos en que la guerra va a estallar de un momento a otro, creemos oportuno traducir para Repertorio Americano la alocución de Víctor Margueritte.

Me siento contento de encontrarme esta tarde a vuestro lado. Estoy orgulloso también, gracias al privilegio de una vejez que ha permanecido joven, de presidir, antes de la partida para Bruselas, la reunión de vuestra voluntad y de vuestras esperanzas.

Conjunto tanto más significativo cuanto que a estos Estados Generales de Estudiantes, a este Congreso Mundial de Intelectuales, asistirá por la primera vez en la historia de Europa, una delegación obrera, con el fin de seguir allí los trabajos en la comunión de un mismo ideal. De igual modo, en el congreso reciente de escritores soviéticos, las delegaciones populares llevaban a sus camaradas del espíritu, la vivificante presencia de su fraternidad.

En vuestro nombre, delegados todos de la Juventud Francesa Universitaria y representante de la Juventud Francesa Obrera, saludo a aquellos de nuestros camaradas que venidos de América, de Inglaterra, de Alemania, de Italia, de España y de otros países, van al Congreso Mundial de Estudiantes a fundir en una sola llama, en este simbólico crisol, el fuego que hay en las venas de las nuevas generaciones, el ardor unánime de vuestras angustias y de vuestras rebeldías ante una sociedad que, después de haberos adulado con expresiones brillantes, cierra delante de vosotros todas las puertas, y responde a vuestros justos gritos: "No se pasa".

Vosotros, estudiantes, les diréis que la nuez vacía de las viejas humanidades y la hoja seca de los diplomas no basta para alimentar vuestra impaciencia; que la escuela no está hecha como lo ha pretendido un marsical de Francia para ser la antecámara del cuartel y que la escolástica de ayer debe ceder el paso a la regla activa de mañana, al Humanismo revolucionario.

Vosotros, obreros, probaréis con vuestra participación, que no separáis la cultura comprendida así, de la necesaria renovación social.

Si os hablo de este modo, si participo de toda vuestra rebeldía y de todas vuestras angustias, es porque la dura miseria de estos tiempos me ha instruído día con día. Antiguo oficial e hijo de un general que, amado de los árabes tanto como de sus soldados, fué un gran pacificador en Algeria — lo que no le impidió morir heroicamente en 1870, en una de esas guerras que lo horrorizaban — he sido durante los últimos años terribles, el testigo impotente de la locura sangrienta de los Estados.

¿Cómo volver a creer en estos reincidentes del perjurio que todavía se atreven a hablar de la Verdad cuando no tienen en la boca sino la Mentira, del Derecho cuando no conocen sino la Fuerza, del Progreso cuando después de haber llevado la humanidad al bajo fondo de la barbarie primitiva, sus traficantes de las finanzas y sus fabricantes de armas de nuevo se alistan para asesinar millones de hombres, para segar la flor de las nuevas cosechas, para consumar, en fin, la ruina universal?

He aquí por qué en la cloaca de la post-guerra, en la que la justicia es burlada ignoblemente en provecho de los que se alimentan de las carroñas; en que, incapaces los gobiernos de dar pan a todos los trabajadores, no piensan más que en sembrar los campos de batalla; en donde una cierta ciencia se prostituye en el Arte de matar, el cual desafiando la imaginación, conduciría, si no velamos sobre eso, el asesinato colectivo hasta el límite extremo del salvajismo; he aquí, camaradas, por qué yo me he vuelto con vosotros hacia la lección que nos ha dado la Revolución Rusa y hacia el ejemplo gigantesco de su inmensa labor y de su fe regeneradora que después ella ha ofrecido al mundo.

Un poeta que han amado los hombres de mi generación, porque su nostalgia resonaba a través de nuestra inquietud, Carlos Baudelaire, evocaba en otro tiempo con áspera melancolía "un mundo en donde la acción sería la hermana del ideal..."; la U. R. S. S., se halla en camino de crear este mundo, porque al antiguo valor del Dinero que sirve para esterilizar en manos del capitalismo explotador, han sustituido allí el único valor humano verdaderamente fecundo: el del Trabajo.

Este valor es el fermento del porvenir. Y es precisamente aquel que con justicia vosotros también entendéis que debe sustituir a los procedimientos del pasado. Mejor que yo, camaradas, estudiantes, conocéis vosotros la extensión y la profundidad de vuestros males. También conocéis el remedio de ellos. Al levantaros contra el fascismo y la guerra, gemelos siniestros cuyo doble rostro vemos hacer muecas bajo la máscara social, vosotros seréis vuestros propios salvadores. Aun más, creo que ayudados al mismo tiempo por la solidaridad obrera, vosotros salvaréis la civilización en peligro. Sin distinción, confiamos en vosotros porque encarnáis la energía y la esperanza; porque recogéis la antorcha del 93; porque sois, en una palabra, la verdadera juventud, única palanca que de edad en edad tiene esta virtud: conmover y levantar la gravedad universal.

Pero, trabajadores del espíritu, no triunfaréis si no permanecéis fieles a la ley del frente único, si no continuáis fraternalmente ligados a vuestros camaradas obreros y campesinos. La predicción de Anatole France: "La Unión de trabajadores hará la paz del mundo", no se realizará sino bajo esta condición.

La llevaréis a cabo recordando que hace poco en Alemania y en Austria y ayer en España, el desmigajamiento de los partidos ha costado sufrimientos y duelo a los pueblos divididos. Felizmente hoy nos une un gran movimiento. Mañana os encontraréis en Bruselas con los delegados de 56 asociaciones y de 43 países en los que, como en Francia, la idea y la acción libertadoras están en marcha.

¡Allí se hallan esta tarde nuestros hermanos de América, animados de la misma buena voluntad que nos une a nosotros. Los de Inglaterra han testimoniado ya resueltamente en sus más

célebres Universidades, que no sacrificarán a su nación y a su rey, la paz de la Patria humana. Aquellos de Alemania e Italia son el vivo testimonio de lo que puede, en el fondo mismo de la desesperación, la tenacidad de una esperanza indomable. Los de España, en fin, se estremecen todavía de la represión que acaba de ejercer ferozmente allí la reacción de los Agrarios y de los Jesuítas.

Es contra tales amenazas que por todas partes pesan sobre la Europa dirigida por fascistas o pre-fascistas, que es necesaria la unión íntima de los combatientes por el trabajo y la libertad. Por otra parte, el lugar escogido para esta reunión, ¿no es en sí una enseñanza? Es en la Grange-aux-Belles, en esta casa de los Sindicatos en la que, al día siguiente de la Comuna, comenzó a palpitar el corazón de París.

Después de dos tercios de siglo, este barrio, estos muros, han oído las reivindicaciones populares. Aun vibran con las cóleras y las esperanzas. Aquí sentimos mejor que sin la comunión del pensamiento y de la acción, nos exponemos a encontrarnos desarmados o por lo menos a no tener la fuerza suficiente para imponer nuestra voz en el momento en que los criminales o los locos quisieran apagarla.

Con el pesar que tengo de no poder estar el 29 en Bruselas, me dirijo a los delegados de los Estudiantes a los que escolta la amistad ferviente de sus camaradas obreros, con mis votos de llevar a cabo un buen trabajo. Todos aquellos que al rendirle culto a la razón, desean ver la vida evolucionar en la dignidad de la labor constructiva, seguirán apasionados vuestros esfuerzos, con la certidumbre de que al luchar por la salvaguardia de vuestros más legítimos intereses, estrechamente ligados con la grandeza y la seguridad nacionales, lucháis al mismo tiempo por la defensa de la paz y el crecimiento de la cultura mundial inseparable de la Internacional de las patrias.

Lo nuevo y lo viejo

La mayor edad de una juventud

Por JOSE PIJOAN

= *Envío del autor*. Chicago, marzo de 1935 =

Es urgente que la generación que ahora ha llegado a los treinta años se declare de mayor edad, si no, estamos todos perdidos.

En España han ocurrido pocas cosas interesantes y otras deplorables en el último trienio, pero la más deplorable es la que no ha ocurrido. La atmósfera espesa, sin horizonte, de nuestro pueblo desheredado, persiste y es cada día más oscura.

Estamos presenciando el fracaso de la revolución de 1931. "Los de arriba", que no la querían, la toleran ahora más pacientemente. El tiempo, sin hacer nada, creen en ellos, les repondrá en sus privilegios.

"Los de en medio" — la clase media, —que hicieron la revolución, apostatan de ella, la repudian como hijo que les avergüenza. Son los primeros en decir: "todo menos esto". Aprobaron, o vieron cómo aprobaban, sin espíritu, plan ni doctrina unas leyes radicales y ahora presencian, casi satisfechos, cómo otros las arrinconan o derogan, sin doctrina, plan ni espíritu.

Por fin, "los de abajo", manifestaron su disentimiento de la revolución burguesa en las últimas algaradas. El que algunos se divorcien y otros se puedan enterrar en sagrado, son cosas buenas, dicen **para ellos** — los de arriba, — a nosotros no nos atañen.

Sólo un reducido grupo de políticos profesionales encuentra que es injusto condenar la revolución —su revolución —porque en tres años de "ensayo" no han logrado transformar España. Por ellos, y para ellos, España tiene una Constitución que, exceptuando el Senado, es tan francesa como la de Cánovas y Sagasta. Por ellos, el país tiene un espectáculo más. Cada día los periódicos "desde la tribuna" publican reseñas del Parlamento, comentando cómo el señor-señoría X habló de tal y cual cosa, mientras otra señoría Y se hurgaba las narices, y el jefe de minoría Z contaba sus testaferros para hacer zancadilla al gobierno y provocar la crisis de la mitad más uno, que le daría un ministerio. Cinco crisis totales llevamos ya en tres años de República, más otra media docena de crisis parciales. El promedio de duración de los ministros en sus respectivos departamentos ha sido de cuatro meses.

No se espera nada mejor como resultado de estos "ensayos". Las crisis no ocurren porque haya encontrados idealismos, sino porque hay encontradas ambiciones. Nadie confía que sedimentándose la opinión se producirá al fin un equilibrio de partidos para incorporar las diferentes doctrinas políticas de nuestro tiempo. Las mesnadas de parlamentarios se agrupan a la sombra de un caudillo con nombres enteramente huecos por bandera. ¿Qué quiere decir derecha e izquierda? ¿Qué quiere decir radical socialista o socialista a secas? Nadie siente en los jefes el impulso espiritual, el deber de conciencia que les obliga a intervenir en el gobierno para imponer un concepto moderno del Estado. Nada y nadie — es lo que queda en España después del desastre de la revolución.

Repito lo que dice todo el mundo. Al hablar de dictadura se agrega el fatídico comentario: "Pero Fulano no la quiere..." En lugar de decir: "Pero no la consentiríamos". Al hablar de las últimas algaradas no asusta el peligro de que hubiera podido desvanecerse el régimen republicano, lo que espanta es el caos que se venía tras él.

Es urgente que una nueva generación intervenga sin demora. Los jóvenes de la generación que sigue a la nuestra son acusados de frivolidad y de no interesarse más que por los deportes. A mi entender, no tienen vicios ni prejuicios que nosotros teníamos. Crecieron en la prosperidad de la postguerra, son más sanos, están más preparados, muchos han viajado, hablan lenguas y conocen bien su especialidad. Hasta visten mejor y son más limpios.

Acaso les falta acometividad, pero es posible que sea sensatez y modestia lo que les detiene. Hay un momento singular en la vida del individuo en que no se sabe lo que se vale. Continuamos creyéndonos niños cuando ya somos hombres. Ignoramos nuestras posibilidades. No sabemos avalorar nuestra fuerza o reputación hasta que los demás nos enteran de que ya podemos contar con derechos. La mayor edad nos sorprende por el prestigio adquirido, no porque nos sintamos cambiados interiormente.

Esto ocurre en mayor escala con un grupo social. Una clase, una nación, una generación se convence con dificultad de que su hora ha llegado. Delante de la catástrofe inminente, la generación que nos ha de suceder tiene que desechar escrúpulos y reclamar el mayorazgo.

Yo quisiera poder ayudar a los jóvenes que van a sustituirnos con consejos prácticos. En lugar de palabras de simpatía, quisiera trasmitirles la técnica de acción aprendida con larga y variada experiencia. Pero son ellos mismos que deben descubrir el mecanismo que les conviene. Sin pretender dirigirles, quiero hacer constar que es necesario asociarse con un mínimo de programa. Tienen que precisar su ideología, aunque disientan en detalles hay algo que es común a la mayoría de una generación. Por lo menos coinciden en no pensar como los viejos. Lo que fué, nunca vuelve a ser, por más que se le trate de rejuvenecer con otro nombre. Y por más que se dé a lo nuevo el nombre de lo viejo, lo de ahora es siempre otra cosa.

Cada generación se hace su mundo para vivir en él, y en ocasiones puede aprovechar los desechos del pasado. Reconstruye sobre los cimientos antiguos, hasta utilizando algunos de los sillares. Pero, a veces, se impone edificar sobre una nueva base; el solar está obstruído por ruinas y los que intentaron una prematura reconstrucción no tuvieron en cuenta las necesidades presentes. Tratar de enderezar los jóvenes la revolución de España, participando en ella desde los actuales pseudo partidos, es condenarse a la ineficacia y pasar a la posteridad juzgados como una generación incapaz al servicio de otra más incapaz todavía.

RINCON DE LOS NIÑOS

Una página de Juan Ramón Jiménez

= Sacada del precioso librito *Poesía en prosa y verso* (1902-1932). De Juan Ramón Jiménez, escogida para los niños por Zenobia Camprubí Aymar. *Signo*. Madrid, 1933. =

PASTORAL

He venido por la senda,
con un ramito de rosas
del campo.
Tras la montaña,
nacía la luna roja;
la suave brisa del río
daba frescura a la sombra;
un sapo triste cantaba
en su flauta melodiosa;
sobre la colina había
una estrella melancólica...

He venido por la senda,
con un ramito de rosas.

PRESENCIA DEL CAMPO

Como una rueda visible
del cielo, la luna roja
va acarreando la noche
sobre la campiña sola.

(Aquí y allá, en las colinas,
los perros, ya entre las sombras,
se vuelven, un punto, y ladran
a su enorme luz redonda.)

Lo que trae el carro es sueño
de no sé qué mano pródiga,
de cuyo dueño, tan sólo
se ven estrellas remotas.

LOS TRONCOS MUERTOS

Ya están ahí las carretas...
(Lo han dicho el pinar y el viento,
lo ha dicho la luna de oro,
lo han dicho el humo y el eco...)
Son las carretas que pasan
estas tardes, al sol puesto,
las carretas que se llevan
del monte los troncos muertos.

¡Cómo lloran las carretas,
camino de Pueblo Nuevo!

Los bueyes vienen soñando,
a la luz de los luceros,
en el establo caliente
que sabe a madre y a heno.
Y detrás de las carretas,
caminan los carreteros,
con la aijada sobre el hombro
y los ojos en el cielo.

¡Cómo lloran las carretas,
camino de Pueblo Nuevo!

En la paz del campo, van
dejando los troncos muertos
un olor fresco y honrado
a corazón descubierto.
Y cae el ángelus desde
la torre del pueblo viejo,
sobre los campos talados
que huelen a cementerio.
¡Cómo lloran las carretas,
camino de Pueblo Nuevo!

PASTORAL

La luna es, entre las nubes,
una pastora de plata,
que, por senderos de estrellas,
conduce manadas cándidas.

El cielo le da lagunas
azules, suaves cañadas,
llenas de níveos rosales
y de abrigadas cabañas.

¡Ay dulces abrevaderos
del horizonte; aguas claras;
remansos de eternidad;
verdes riberas erráticas!...

(Se acerca, amiga, un momento,
a todo: puertas, majadas,
arroyos, rosas, orillas,...
y sigue, sigue nostálgica.)

... ¡Pantanos floridos, donde
resuena la blanda brama
de blanca constelación,
piara de vacas blancas!

La luna va lentamente,
desnuda, bella, extasiada,
cantando a la tierra ignota,
por sus caminos del alba.

LA COJITA

La niña sonríe: "Espera,
¡voy a coger la muleta!"

Sol y rosas. La arboleda
movida y fresca, dardea
limpias luces verdes. Gresca
de pájaros, brisas nuevas.
La niña sonríe: "Espera,
¡voy a coger la muleta!"

Un cielo de ensueño y seda,
hasta el corazón se entra.
Los niños, de blanco, juegan,
chillan, sudan, llegan:
"...menaaa!"
La niña sonríe: "Espeeera,
¡voy a coger la muleta!"

Saltan sus ojos. Le cuelga,
girando falsa la pierna.
Le duele el hombro. Jadea
contra los chopos. Se sienta.
Ríe y llora y ríe: "Espera,
¡voy a coger la muleta!"

Mas los pájaros no esperan;
los niños no esperan! Yerra
la primavera. Es la fiesta
del que corre y del que vuela...
La niña sonríe: "Espera,
¡voy a coger la muleta!"

LA PUA

Entrando en la dehesa de los Caballos, Platero ha comenzado a cojear. Me he echado al suelo...

"Pero, hombre, ¿qué te pasa?"

Platero ha dejado la mano derecha un poco levantada, mostrando la ranilla sin fuerza y sin peso, sin tocar casi con el casco la arena ardiente del camino.

Con una solicitud mayor, sin duda, que la del viejo Darbón, su médico, le he doblado la mano y le he mirado la ranilla roja. Una púa larga y verde, de naranjo sano, está clavada en ella como un redondo puñalillo de esmeralda. Estremecido del dolor de Platero, he tirado de la púa; y me lo he llevado al pobre al arroyo de los lirios amarillos, para que el agua corriente le lama, con su larga lengua pura, la heridilla.

Después, hemos seguido hacia la mar blanca, yo delante, él detrás, cojeando todavía y dándome suaves topadas en la espalda...

LA FLOR DEL CAMINO

¡Qué pura, Platero, y qué bella esta flor del camino! Pasan a su lado todos los tropeles (los toros, las cabras, los potros, los hombres), y ella, tan tierna y tan débil, sigue enhiesta, malva y fina, en su vallado solo, sin contaminarse de impureza alguna.

Cada día, cuando, al empezar la cuesta, tomamos el atajo, tú la has visto en su puesto verde. Ya tiene a su lado un pajarillo, que se levanta (¿por qué?) al acercarnos; o está llena, cual una breve copa, del agua clara de una nube de verano; ya consiente el robo de una abeja o el voluble adorno de una mariposa.

Esta flor vivirá pocos días, Platero, aunque su recuerdo podrá ser eterno. Será su vivir como un día de tu primavera, como una primavera de mi vida... ¿Qué le diera yo al otoño, Platero, a cambio de esta flor divina, para que ella fuese, diariamente, el ejemplo sencillo y sin término de la nuestra?

EL NIÑO Y EL AGUA

En la sequedad estéril y abrasada de sol del gran corralón polvoriento que,

por despacio que se pise, lo llena a uno hasta los ojos de su blanco polvo cernido, el niño está con la fuente, en grupo franco y risueño, cada uno con su alma. Aunque no hay un solo árbol, el corazón se llena, llegando, de un nombre, que los ojos repiten escrito en el cielo azul Prusia con grandes letras de luz: Oasis.

Ya la mañana tiene calor de siesta y la chicharra sierra su olivo, en el corral de San Francisco. El sol le da al niño en la cabeza; pero él, absorto en el agua, no lo siente. Echado en el suelo, tiene la mano bajo el chorro vivo, y el agua le pone en la palma un tembloroso palacio de frescura y de gracia, que sus ojos negros contemplan arrobados. Habla solo, sorbe su nariz, se rasca aquí y allá entre sus harapos, con otra mano. El palacio, igual siempre y renovado a cada instante, vacila a veces. Y el niño se recoge entonces, se aprieta, se sume en sí, para que ni ese latido de la sangre, que cambia, con un cristal movido solo, la imagen tan sensible de un calidoscopio, le robe al agua la sorprendida forma primera.

"Platero, no sé si entenderás o no lo que te digo: pero ese niño tiene en su mano mi alma."

LA CORONA DE PEREJIL

"¡A ver quién llega antes!"

El premio era un libro de estampas, que yo había recibido la víspera, de Viena.

"¡A ver quién llega antes a las violetas!... ¡A la una... A las dos... A las tres!"

Salieron las niñas corriendo, en un alegre alboroto blanco y rosa al sol amarillo. Un instante, se oyó en el silencio que el esfuerzo mudo de sus pechos abría en la mañana, la hora lenta que daba el reloj de la torre del pueblo, el menudo cantar de un mosquitito en la colina de los pinos, que llenaban los lirios azules, el venir del agua en el regato... Llegaban las niñas al primer naranjo, cuando Platero, que holgazaneaba por allí, contagiado del juego, se unió a ellas en su vivo correr. Ellas, por no perder, no pudieron protestar, ni reírse siquiera...

Yo les gritaba: "¡Que gana Platero! ¡Que gana Platero!"

Sí; Platero llegó a las violetas antes que ninguna, y se quedó allí, revolcándose en la arena.

Las niñas volvieron protestando sofocadas, subiéndose las medias, cogiéndose el cabello: "¡Eso no vale!" ¡Eso no vale! ¡Pues no! ¡Pues no! ¡Pues no, ea!"

Les dije que aquella carrera la había ganado Platero y que era justo premiarlo de algún modo. Que bueno, que el libro, como Platero no sabía leer, se quedaría para otra carrera de ellas, pero que a Platero había que darle un premio.

Ellas, seguras ya del libro, saltaban y reían rojas: "¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!"

Entonces, acordándome de mí mismo, pensé que Platero tendría el mejor premio en su esfuerzo, como yo en mis versos. Y cogiendo un poco de perejil del cajón de la puerta de la casera, hice una corona, y se la puse en la cabeza, honor fugaz y máximo, como a un lacedemonio.

EL GRILLO REAL

¡Qué angustia el grillo aquel de aquel junio raro (junio cóncavo y profundo), allí encima de mi ventana abierta, tan dentro de mi soledad, como un cascabelón en el mismo centro interior de mi oído! Mi sueño era un infinito de pesadilla y sobresalto: era todo el cielo negro de verano, hecho monotono goterón sonoro y pesado, de estrella de plomo y eternidad de sombra; el mar inmenso de betún nubiano, condensado en una breve ola terrible y ahogante, que, en cada rítmico golpe, me atragantaba; era el mundo en concentración, que descansaba sobre mis sesos auditivos, preso yo por la cabeza (¡qué tirones!) de él.

...Por fin, no pude más; y le dije a Honorito Igelmo, el niño del portero, dueño del grillo real, que si me lo quería vender; que le daría un duro, o dos, o cinco, lo que él quisiera; con la idea de llevarme el acerado animalito oscuro al Retiro y hospedarlo entre la yerba más distante.

El chiquillo abrió unos ojazos enormes, asombrados, que a mí me parecieron dos grillotes melancólicos, de honda música triste, creyendo yo que se le convertían en pena, con mi pregunta.

No, gracias al dios del silencio, existente, para mí, aquel día! Me dijo el castellanito: "Por el duro, voy a traerle al señor cinco grillos de los buenos..."

SOLEDAD

Hallarme en las manos
jazmines con sol;
saber que amanece
en mi corazón;
oír en el alba
una sola voz...
¡Eso quiero yo!

Regresar sin odios,
cerrar sin pasión;
hallarme en los sueños
celindas con sol;
dormir escuchando
una sola voz...

!Eso quiero yo!

ANUNCIACION

¡Trasunto de cristal,
bello como un esmalte de ataujía!

Desde la galería
esbelta, se veía
el jardín. Y María,
virgen, tímida, plena
de gracia, igual que una azucena,
se doblaba al anuncio celestial.

Un vivo pajarillo
volaba en una rosa.
El alba era primorosa.
Y, cual la luna matinal,
se perdía en el sol nuevo y sencillo,
el ala de Gabriel, blanco y triunfal.

¡Memoria de cristal!

LA FRENTE PENSATIVA

¡Quién sabe del revés de cada hora!

¡Cuántas veces la aurora
estaba tras un monte!

¡Cuántas el regio hervor de un horizonte,
tenía en sus entrañas de oro el trueno!

Aquella rosa era veneno.

Aquella espada dió la vida.

Yo pensé una florida
pradera en el remate de un camino,
y me encontré un pantano.

Yo soñaba en la gloria de lo humano,
y me hallé en lo divino.

ALEGRIA NOCTURNA

¡Allá va el olor
de la rosa!
¡Cógelo en tu sinrazón!

¡Allá va la luz
de la luna!
¡Cógela en tu plenitud!

¡Allá va el cantar
del arroyo!
¡Cógelo en tu libertad!

CANCION DE INVIERNO

Cantan. Cantan.
¿Dónde cantan los pájaros que cantan?

Ha llovido. Aún las ramas
están sin hojas nuevas. Cantan. Cantan
los pájaros. ¿En dónde cantan
los pájaros que cantan?

No tengo pájaros en jaulas.
No hay niños que los vendan. Cantan
El valle está muy lejos. Nada...

Yo no sé dónde cantan
los pájaros (cantan, cantan),
los pájaros que cantan.

ESTIO

Cavaré desde la aurora.
Cuando en ocaso esté el sol,
la frente al ocaso, aurora
me será su exaltación.

Cavaré la roca dura,
hasta que la sola flor

que saca del barro el cielo,
me llegue hasta el corazón.

CHOPOS

Ahí están, echados todavía en el suelo, con sus raíces en el esportón de tierra madre, oliendo a vida y a esperanza.

Han traído tres mil, y todos vamos a sembrar los nuestros. Da gusto ver los que ya están plantados, tan tiernos y tan fuertes, tan sanos, tan vivos, con sus tiesas hojitas sonajas aleteantes y su amorosa agua al pie, empezando ya a arraigar y a sostener el cielo.

Aun su sombra no sirve ni para Parsifal, el perro de Cándido el portero, y el aplauso de sus hojas es lejanísimo, todavía casi en la madre, allá en el otro campo de Madrid. Pero, ¡qué gozo ya esta gran promesa de verdor, de oro, de esbeltez, de luz, de pájaros, en esta colina yerma ayer, pedazo del planeta que en este momento nos corresponde, y donde estamos poniendo, al ponerlos, para cada primavera, cada verano, cada invierno y cada otoño, con el recuerdo de cada primavera y cada verano, cada invierno y cada otoño, nuestro verdor, nuestro ardor, nuestra dureza y nuestra llamarada!

LA CALLE

¡La perra blanca, limpia y saltadora ayer en el chorro del agua alegre, bajo las colgantes ramas verdes! El sol de primavera le daba en sus bellas facciones vivas. ¡La mirábamos y nos miraba.

Este anochecer, me la he encontrado tendida bajo el farol. La he llamado y no se ha movido. La luz del gas le da (¡silbido triste y solo!) en sus dulces facciones muertas. La he mirado y no me ha mirado.

EL EXTRAÑERO

Me lo encontraba, de pronto, en cualquier sitio: al subir una solitaria escalera, en el ventanal del descanso; en mi cuarto abierto; en el puente del canalillo; de pie junto a un banco inelegible. Era alto y albino, con un gabán ancho equivocado de botones y largo y raído, el mismo en invierno y en verano, que sólo dejaba verle sus botas rígidas de otro, los ojos azulencos, las veteadas barbas secas y las manos temblonas. Nunca supe si llevaba o no sombrero. Sacaba su librajo de heráldica de entre el gabán y la carne, al sol, al viento, a la nieve, donde, cuando fuera, y me decía, señalando escudos y coronas desdorados, unas cosas ininteligibles, en un castellano inconexo, judío.

Nadie lo había visto nunca entrar. Y ¿cuándo, por dónde salía? De noche, al mediodía, al amanecer, por la tarde, el viejo estaba allí. Parecía un ser de otros siglos (dibujado súbitamente, por no sé qué plástico espejismo), que ya no se entendiera con nosotros, aunque hablaba casi con nuestras palabras. Era casi verdad, casi mentira. No se sabía qué hacer con él, si acomodarlo o despedirlo. Nada a todo. Daba pena, era indiferente, indignaba. Y tras un momento de miradas fuera de sitio y palabras aisladas e incongruentes, se iba (¿adónde?) deprisa...

A veces, lo veía yo desde mi ventana, erguido en medio del desmonte, las manos en los bolsillos sin fondo del gabán, señalándole el viento su esqueleto, girando, como una veleta mohosa, a los cuatro cielos. Otras, miraba a la casa fijamente. Yo, por si podía sorprenderle entonces el secreto de soledad lejana, cogía esquivándome los prismáticos, y me traía su cara a mis ojos. Y sus ojillos acercados a la fuerza me miraban defendiéndose como clavos, como insectos, dentro de los cristales, con su escapada fijeza sonriente e incomprensible.

A LA ROSA

¡Qué mejor oración,
qué mayor ansia
que sonreír a la rosa
de la mañana;
ponernos su alma bella
en nuestra alma;
desearlo todo
con su fragancia!

ALAMO BLACO

Arriba canta el pájaro
y abajo canta el agua.
(Arriba y abajo,
se me abre el alma).

¡Entre dos melodías,
la columna de plata!
Hojas, pájaro, estrella;
ramilla, raíces, agua.
¡Entre dos conmociones,
la columna de plata!
(Y tú, tronco ideal,
entre mi alma y mi alma.)

IDILIO

!Con qué sonrisa, en el paisaje rosa,
la madre joven hace, con su mano,
más larga la manita tierna
del niño, que la alza
en vano a las cerezas!

Un pajarillo cerca canta,
y el sol, bajo el rosal, trenza, vibrando,
sus rayos de oro con la yerba fina;
y el agua brota blandamente,
perfumada de rosas encendidas
y de rosas en sombra.

Amor y vida
se funden, como el cielo con la tierra,
en un esplendor suave
que es, un instante, eterno!

En el tributo a un fabulista del...

(Viene de la página anterior)

Universo. Muchas fábulas llegan a Vergara después de un viaje de siglos. Esta que guardo manuscrita aquí se llama: "La zorra y la cigüeña". Pues bien; Pilday la recogió de boca del pueblo para el Panchatantra de Cosroes. Del palhi en que la escribió pasa al pelvi, del pelvi al siriaco, del siriaco al árabe, del árabe al griego, del griego al latín, del latín a la versión hebrea del rabino Joel, del hebreo al italiano, del italiano al francés, del francés ya que no directamente del árabe como para algunos humanistas de la vieja España, al castellano, a mi pluma, a la boca de los seminaristas de Vergara. Es una, aunque no la misma bajo cielos distintos en el fluir de las épocas. He escrito y he dedicado a Munive esa fabulilla, "Las ranas pidiendo rey". No se puede afirmar, perro generoso, que sea mía. Esas ranas han croado insistentemente antes que en la mía en el epigrama "Nuit" que La Fontaine compuso para Margarita de Lorena duquesa viuda de Orleans. Han croado antes aun en un apólogo de María de Francia y antes, mucho antes todavía en otro Fredo, continuador de Esopo. No se puede así y todo negar que es mía pues le he prestado mi idioma que es prestarle otra existencia. No me arguyas que el oficio de fabulista no es abnegado o no lo es suficientemente. La gracia con que vuela de boca en boca un apólogo es la flor de un esfuerzo. Sí: de un esfuerzo para aligerar las palabras y meterles dentro la música irrefutable con que nos apresan. No se nos pida virtud de linaje heroico ni siquiera virtud que no es lo nuestro. No sabría optar como mi antepasado entre todo o nada. Si no santo que se sea bueno, si no bueno prudente, si no prudente advertido. En mi casa de fieras no se reparten premios a la virtud, si no a la cordura.

He visto que leías de reojo el libro de Buenaventura d'Esperiers. Yo también como este autor he hecho mesa redonda con celestinas y abades disolutos. Discurrí primeramente cuentos de malignidad casi tenue para que zumbasen como avispas tras los abanicos de las damas. Cargué más tarde la mano así de chiste como de licencia para condimentar mis fantasías. Conseguí — no importa que se sepa — picar y encender los paladares más broncos de la Rioja. Mi tío Munive tan indulgente se resolvía a amonestarme cuando se murió. Un día el Tribunal de Logroño mandó seriamente que me prendieran. Corrí a la Corte y gracias a Egonio Llaguno, que es del despacho universal de Gracia y Justicia y al inquisidor Abad y La Sierra me salvé de sambenito y de vela, y todo se redujo a recluirme en el convento que los Padres Carmelitas tienen en Baracaldo. Escribí para distraer al prior sobre la vida regalada de los frailes. No sé si la Inquisición me perseguirá otra vez por relapso. Voy a continuar aquí mis memorias contra el teatro español de don Vicente García de la Huerta. Luego iré a Bilbao a reunirme con unos parientes.

Don Félix María de Samaniego ha callado. El perro miraba y meditaba. El viento hacía un manso ruido en los chopos.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ¢ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica: Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

En el tributo a un fabulista del Pirineo

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

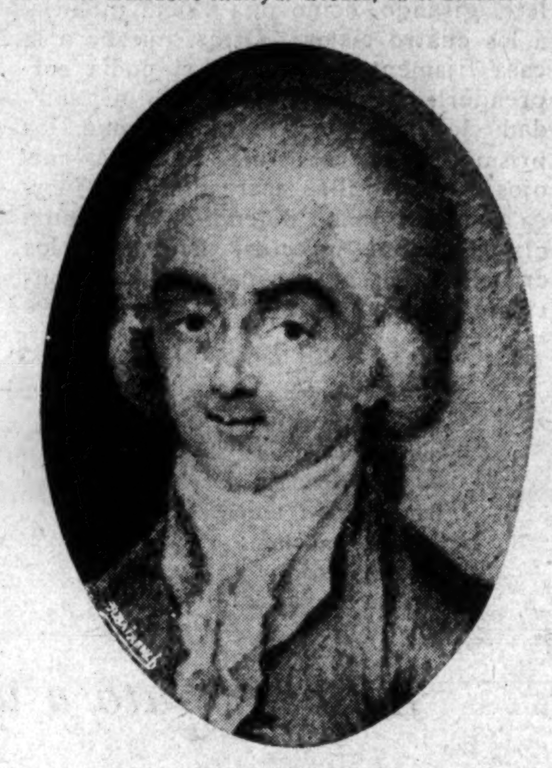
= Del No. 1 del excelente mensuario *Atalaya.* Lesaca, en el Bidasoa. Navarra, España. =

Se ha pagado en Guipúzcoa tributo al fabulista Iturriaga. Autor este poeta de apólogos originales en vascuence. Tradujo también al idioma milenario bastantes fábulas de Samaniego. Hablamos ya en "El Sol" de Iturriaga. Un recuerdo aquí a don Félix María, Señor de las cinco villas del valle de Araya, y pequeño La Fontaine del Pirineo, será acaso oportuno.

Rioja alavesa, La Guardia: Don Félix María de Samaniego viene de ver cómo el aire menea los chopos. Ha salido muy de mañana con bastón, escopeta y perdiguero. Por un día así de transparente dá el fabulista las trece onzas de oro de sus arras. El perro, que es prestado, esperaba algo más del caballero madrugador. Se lo decía con los ojos, rubricándoselo con el rabo: "¿Te venteo la perdiz? ¿Te paro en punta la pardilla que salta al pie del Toloño?" El cazador no quería cazar y en llegando a un soto se ha tendido a leer uno de estos libros que llegan de Francia. Este que tiene en las manos es de Buenaventura d'Esperiers y se llama "Les recreations et joyeux de vie".

—Este don Félix — piensa el perro — hace mal en traer tales facecias, tales jueves gordos a un campillo honesto de Alava. Dicen que es un atildado que se educó en París y que vive ahora en invierno en Vergara. Francia mueve estos días guerra redonda. Zumban doquier, cantan bocas de mosquetes y de mosqueteros. "Guerreamos y amamos declara Scarrón para ganar la tierra con sus delicias". Un Samaniego católico, a la española, no dejaría de argüirle que las potestades del mundo se desmoronan pronto y los privilegios más altos son de arcilla. Todo se muda y se pasa aquí abajo, les diría, y es el tiempo un río de sombra que al fluir hacia el no ser, nos anega. Ustedes se han entregado con morosidad golosa al poder que les elabora ciencia y dicha. Al abrigo de los cañones se hacen una arcadia tibia donde pecar con los cinco sentidos. Cantan ustedes la vida "tuba miran spargens sonum" como si la primavera no se marchitara unas horas después.

Un Samaniego a la española, un Sánchez de Samaniego, replicaría así, pero este de ahora es un desmemoriado. Lleva con todo la sangre del fundador taciturno de la casa, aquel que en un óleo de la capilla deja que se le derribe la frente sobre la mano: aquel ya casi borrado en la pintura que dispara aún a la media tiniebla sus pensamientos fosforescentes. Aquél supo combatir como bueno y amar. Un día relampagueó más allá de los mares la espada que ahora se esfuma al cinto. Era quizá el capitán alavés del romance, el que rondó "a una que se fué al convento", a una belleza helada torre como la de Bocangel "de altivez y de primor". Por sus ojos dice el romance "un rey podía penar": un rey y un Sánchez de Samaniego su vasallo. Un amor irreparable fué cilicio para el pecho que ahora se cuartea y aridece. Codició el caballero bienes de sustancia perecedera: el oro el saber el mando. ¿Qué quieres?, se preguntó a sí mismo. Su respuesta fué española: ¡todo! El ábrego vino, el ábrego moral de siempre le agostó. La acedía le desasía flacamente de seres y de cosas. ¿Qué quieres ahora?, se preguntó, y la respuesta fué española: ¡nada! El caballero decidió morar, que es perecer poco a poco aquí. Tenía treinta y cinco años y le plateaban ya las sienes. Era alto, seco y sobremanera distinguido. Tres años más, tres solamente vivió para la penitencia y la limosna. Se erguía aun alguna vez a amparar el derecho decaído. Cazaba con un mi abuelo perdiguero fino como yo y cazaba sólo por procurarle pieza. Era el caballero de la derrota el que jugó y perdió y se daba a libaciones de hastío. Este Samaniego que está leyendo historias demasiado humanas no es como aquél. Este, según susurran tiene en Vergara en el Seminario una casa pueril de fieras. Es un fabulista, es un hombre ligero. Don Félix María se vuelve de pronto hacia el perro, apacigua sus ojos en los ojos dulces del animal y, sorbiendo rapé, contesta:



Félix María de Samaniego

—Hablas, amigo mío, no como can, sino como león: ¡como león ibero porque el francés de mi casa de fieras ha aprendido a rugir en el conservatorio. ¿Y qué? El de la Biblia tenía en la boca un panal de miel. Eres empero can hijo de can, lobo de salón, has contraído al pie de los baluartes de La Guardia, la manía afanosa de grandezas. Querrías, te lo conozco, ser unos años perro de regimiento, ir a la guerra, volver con los tambores de la canción que ha venido de París, para nuestras damas;

"Troix jeun's tambours s'en revenant de guerre
Le plus jeune a dans sa bouche une rose..."

Sueñas con la vida de corte y de gran porte. No te lo reprocho, pero es mejor que te mantengas sencillo y sobre todo fiel a tu naturaleza. No vayas a la capilla a oir otra vez el soliloquio febril del caballero. Tú llenarás un papel en mi casa de fieras, te llevaré en octubre a Vergara a mi casa de fieras, y allí estarás más cuidado, te lo prometo, que en la de mi amigo y enemigo Iriarte. Mi comedia, como la de La Fontaine, es de cien actos diversos: todas las virtudes y todos los vicios encuentran allí la boca que los pregone. Un perro de fabulista si se atiene al salario puede vivir con holgura. Yo además retribuyo mejor que Iriarte, que Rentería y aun que Pisón con ser este ministro togado del Real Consejo de la Guerra. Bien es verdad, que entre los cuatro soy el primero. Soy la voz, ellos el eco y otros hay todavía que son la resonancia. Ven y harás oir tus moralidades en dos patas sobre el tinglado. No es menester que te encarames una sola hora tempestuosamente sobre el coturno. Nunca se ha encendido allí la cocina con fuego hurtado, a la prometeica, a los dioses. Mi tío el conde de Peñaflorida, me ha obligado a abolir la tragedia y tu papel entonces, ha de ser algo casero. Te habituarás al juego de la comedia, que como se dice en una epístola de La Fontaine, a monseñor Huet, obispo de Soisóns es de intereses enmascarados. Cuando seas ducho y tiendas una emboscada al palomo, el mico te apresará con un lazo el pie. Mis personajes no toman la vida en alto para ofrecerla porque ponen sobre la dignidad el ingenio. Nunca ha sido para caballeros como el de la capilla la lección astuta de los apólogos: lección después de todo vieja como el

(Pasa a la página anterior)

Imprenta «LA TRIBUNA»